

CIUDADES GRIEGAS EN EL IMPERIO ROMANO. LA MIRADA DE LOS SOFISTAS

The greek cities in the Roman Empire. The sophists view

María José HIDALGO DE LA VEGA
Universidad de Salamanca

Biblid [0213-2052 (2002) 20, 75-114]

RESUMEN: Este artículo intenta analizar, a partir del material literario aportado por los intelectuales pertenecientes a la Segunda Sofística, las complejas y conflictivas relaciones que se desarrollaron en el marco de las ciudades griegas durante el Alto Imperio y la importancia de la homonoia para mitigar los conflictos y evitar la intervención militar del poder romano.

Palabras clave: Ciudades griegas, Imperio Romano, rivalidades, *stasis* y *homonoia*.

ABSTRACT: This paper treats to analyse, across the literaries texts written by greeks intellectuals belonging to Second Sophistique, the complexes and controversials relations developped in the context of the greeks cities and the significance of the homonoia to mitigate the conflicts and to prevent the militar intervention of the roman power.

Key words: Greek cities, Roman Empire, rivalries, *stasis* y *homonia*.

* Este artículo se ha realizado en el marco del Proyecto de investigación BHA 2000-1349, del que soy investigadora principal.

El Imperio romano llevó a sus últimas consecuencias el proyecto ecuménico de Alejandro Magno; pero no sólo al imponer por todo el bajo Mediterráneo un control político y homogéneo, sino también al conseguir una elevada y satisfactoria uniformidad cultural y económica sobre la que se construye una serie de valores y formas de vida comunes, cuyo escenario es la vida urbana, la vida cívica, que hunde sus raíces en las antiguas *poleis* griegas, fundadas sobre la base de una colectividad de propietarios de tierras y de esclavos, que participaban de un conjunto común de valores materiales, culturales y religiosos, que se asentó en la *pars orientis* y se propagó por el occidente pero con diferencias significativas. El Imperio romano se fundaba en una amplia red de ciudades encuadradas en provincias que constituían, como el propio Elio Aristides afirmaba en el s. II d.C., un escenario en el que «las orillas del mar y los países del interior están llenos de ciudades, algunas fundadas y otras engrandecidas bajo vuestro dominio y por vuestra acción» (XXVI, 92).

Pero Roma estableció diferentes categorías jurídicas dentro del modelo de *civitas*: ciudades *foederatae*, *liberae et immunes*, *stipendiariae*, *decumanae*, aunque es bien conocido que a partir de mitad del siglo II a.C. prefiere el estatuto de ciudad libre, posiblemente por la carga emocional preexistente del modelo de *polis* griega y los deseos de independencia que los griegos mantuvieron hasta el final de las guerras civiles en el siglo I. a.C.¹

Durante el Alto Imperio se produjo un gran florecimiento del modelo de ciudad en la parte griega sobre todo en Asia Menor con el apoyo y la connivencia de las elites locales cultas griegas. Sin embargo, hay que tener presente que el concepto de «*polis* libre» no tiene el mismo significado que tenía para los griegos la noción de *eleutheria*. Este concepto no se refiere tanto, aunque también, a los privilegios de inmunidad como a los principios generales de autonomía e independencia. La inmunidad puede concretizar la libertad pero la *eleutheria* está limitada en la realidad concreta, ya que las ciudades en época romana están encuadradas dentro de una provincia, administración territorial, sometida al poder imperial. Desde esta perspectiva, tenemos que definir y concebir la ciudad griega en un sentido dinámico y no estático como centros administrativos que dependen de un estado, pero al mismo tiempo ese estado no se explica sin ese mosaico de *poleis*, hasta el punto que puede definirse como un estado pluricudadano, en el que se erige como aspecto prioritario la relación entre Roma y las ciudades, entre estado

1. MUSTI, D.: «Città ellenistiche e imperium», *MedAnt II*, 2, 1999, pp. 450 ss.; MILLAR, F. «The Greek City in the Roman Period», en *The Ancient Greek City-State*, HANSEN, M. H. (ed.): Copenhagen, 1993, pp. 232-260; ID.: «Civitates liberae», *coloniae and provincial governors under the Empire*, *Med Ant II*, 1999, pp. 95-113; REYNOLDS, J.: «Cities», en *The Administration of the Roman Empire 241 b.C.-a.D. 193*; BAUND, D. (ed.): Exeter, 1988, pp. 1-53, y las ya clásicas JONES, A. H. M.: *The Greek City from Alexander to Justinian*, Oxford, 1940; ID.: *The Cities of the Easter Roman Provinces*, Oxford, 1971.

y comunidades locales², al margen del estatuto jurídico que éstas tengan, estatutos, por otra parte, ambiguos y a veces contradictorios, según se deduce del estudio de la documentación existente³. De los análisis realizados por Millar (pp. 111-113) se deduce, como él mismo expresa, que los diversos estatutos que disfrutaban las ciudades bajo el Imperio romano eran susceptibles de ser cambiados con el tiempo en el marco de las relaciones que se establecieran entre las ciudades y el emperador a través de los gobernadores o de forma directa –visita de los emperadores o embajadas–, y que podían derivar del diálogo mutuo, de una reivindicación, de una disputa o de una redefinición.

Pero la utilización que hace Roma del término *libertas* es ambiguo y presenta un uso ideológico desde el momento en que pretende expresar específicamente la exención de tributos y de guarniciones militares, pero también lo emplea como sinónimo de liberación. Por eso, toda la propaganda oficial, incluida la de lengua griega, hará hincapié en la atmósfera de libertad en la que viven las ciudades griegas bajo la órbita del Imperio, no existiendo para el pensamiento romano una dicotomía contradictoria entre libertad absoluta y dependencia tributaria o militar, cuestión completamente inadmisibles para el pensamiento griego, al menos, en su período más clásico. Sin embargo, en época imperial los griegos fueron matizando esta visión radical sobre la *eleutheria* y autonomía como categoría absoluta hasta llegar a admitir, como hace Plutarco, que «se participa de la libertad que los dominadores han distribuido entre los pueblos y más libertad no sería mejor» (824C). De esta forma, se fueron adecuando a una realidad política en la que veían posibilidades de participar como romanos de pleno derecho, sin necesidad de dejar de ser griegos, con lo que centraron sus esfuerzos y reivindicaciones en la defensa de su identidad griega⁴, y este fenómeno es el que destaca como categoría principal en el Alto Imperio, sobre todo a lo largo del s. II d.C, época de mayor integración de *la pars orientis* en las estructuras organizativas del Imperio, a pesar de sus limitaciones, y época de un gran renacimiento de la cultura griega clásica de la mano de emperadores filohelenos como Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio especialmente, pero sin olvidar los puentes que previamente había tendido Nerón en el camino de este filohelenismo con su decreto de concesión de la libertad a los griegos⁵. Esto es lo que explica que autores⁵ como Dión de Prusa, Plutarco, y sobre todo

2. MUSTI, D.: *op. cit.*, p. 453; GASCÓ, F.: «Vita della polis di età romana e memoria della «polis» classica», en *I Greci... 2. Una storia greca. III. Trasformazioni*, Turín, 1998, pp. 1147-1164; REYNOLDS, J., *op. cit.*, pp. 1-53; MILLAR, F.: «Civitates liberae», pp. 95 ss.

3. MILLAR, F.: «Civitates liberae», pp. 109 ss.

4. HIDALGO DE LA VEGA, M. J.: «Identidad griega y poder romano en el Alto Imperio: frontera en los espacios culturales e ideológicos», en *Fronteras e identidad en el mundo griego antiguo*, LÓPEZ BARJA, P. y REBORDA, S. (eds.): Universidades de Santiago y de Vigo, 2001, pp. 139-146; P. DESIDERI, «Questioni di identità greca nell'impero romano», *MedAnt.* I.1, 1998, pp. 15 ss.; MUSTI, D.: *op. cit.*, 456 ss.

5. PAVAN, M.: «Nerone e la libertà ai Greci», *PP* 39, 1984, pp. 342-351; CAMPANILE, M. D.: «L'iscrizione veroniana sulla libertà ai Greci», *Studi Ellenistici*, 3, 1990, pp. 191-224.

Pausanias, Elio Arístides o Arriano en el s. II, en sus discursos y obras se muestran sensibilizados ante el tema de la conservación de la identidad de las ciudades griegas y hagan continuas referencias a las *poleis* clásicas como Atenas, Esparta, etc., hasta el punto de presentar a Roma como una nueva Atenas en el caso de Elio Arístides, utilizando el pasado para justificar el presente y poniendo de manifiesto la superioridad de la cultura ciudadana que, en definitiva, es lo que fue la Grecia clásica. Estas actitudes servían para promover la conciencia cívica de los griegos en torno a su identidad nacional, de igual manera que las leyes adrianeas referidas a las ciudades promovían el orgullo cívico y eran utilizadas por la ideología imperial como elemento fundamental del evergetismo ecuménico, en una etapa en que el Imperio es visionado como una *ecumene*, un estado globalizado que funciona a la manera de una familia⁶. Convirtiéndose, de hecho, la ciudad en el instrumento de poder romano más eficaz para desarrollar y proyectar la ideología imperial, pero también, de forma paradójica, en un vehículo de desarrollo del helenismo en sus diversos aspectos culturales y lingüísticos, aun con sus limitaciones de propagación en las zonas rurales.

En este escenario de gran florecimiento y vitalidad de las ciudades griegas en el marco de la dominación romana era necesario e irremediable que cada ciudad luchara por mantener sus derechos y privilegios por medio de estrategias diversas ejercidas por las élites cultas, que desempeñaban los cargos públicos en sus ciudades. De estas estrategias, una de las más importantes, además de ejercer el poder cívico de forma moderada según los consejos plutarqueos, es la de practicar el arte de la persuasión a través del uso de la oratoria en los discursos en las ciudades y de desarrollar relaciones estrechas con la nobleza romana e incluso con el emperador de turno. Sin embargo, en el marco de esta dinámica se desarrolló una rivalidad entre las ciudades griegas que en ocasiones puso en peligro esa teórica libertad y promovió la actuación de los gobernadores romanos en esos conflictos.

El impulso de la ciudad griega en el Imperio va unido al modelo de intelectual, promovido por la Segunda Sofística, que reactualiza su tradicional dimensión cívica. Como dice P. Desideri⁷, la ciudad como centro de autonomía política fue objeto del empeño conjunto de los emperadores y los «operadores culturales» griegos. Estos mediadores culturales, que a su vez desempeñan una actividad política concreta en sus ciudades, ejercen un trabajo de portavoz de los intereses ciudadanos entre su ciudad y el poder imperial, colaborando en el proceso integrador y cohesionador que cumple la ciudad, pero al mismo tiempo pueden ejercer la crítica. A pesar de todo, hay que tener en cuenta que el mismo proceso integrador genera unas actitudes de rechazo social que pueden derivar en conflictos y margi-

6. BOATWRIGHT, Mary T.: *Hadrian and the Cities of the Roman Empire*, Princeton, New Jersey, 2000, pp. 15-23.

7. «L'impero bilingüe e il parallelismo Greci/Romani», en *I Greci. 2. III*, p. 938.

alidad⁸. Estos mediadores culturales o publicistas utilizan la oratoria como vehículo de acción política para colaborar en el carácter integrador de la *civitas*, pero también usan la palabra, como ejemplo claro de libertad de expresión (*parresía*), y puede servir de instrumento por el que se reproducen actuaciones contrarias a la misma integración y cohesión. Desde esta perspectiva, se deduce que sus actuaciones no son lineales ni unívocas, sino complejas y contradictorias, pudiendo servir tanto para la integración o para el rechazo⁹. Por otra parte, la ciudad no integra por igual a todos los sofistas, los radicales son rechazados y expulsados no sólo de Roma donde se produce la mayor concentración de ellos sino de las ciudades de origen, como sucedió con el propio Dión de Prusa en el período de la llamada «oposición filosófica», época en la que este intelectual se presentaba en su faceta de formación más radical: la cínica.

Teniendo como escenario de fondo las ciudades griegas y los intelectuales griegos de las mismas, es interesante analizar, a partir del material literario aportado por los propios autores griegos, la imagen que se expresa desde perspectivas diversas de la vida de las ciudades griegas, del comportamiento de sus aristocracias y de su situación real dentro del Imperio de Roma. Evidentemente somos conscientes de que este análisis tiene que ser reforzado con los datos que aporta la evidencia epigráfica y numismática, tan rica en sus referencias ciudadanas y que, en muchos casos, muestran las aspiraciones reales de esa aristocracia ciudadana, más involucrada en la cotidiana vida cívica que en los grandes proyectos políticos de los que hacen gala los autores citados.

Para poder comprender de manera razonable esta problemática, es conveniente analizar las complejas relaciones que se desarrollan en el marco de estas ciudades y que ponen de manifiesto que la vida ciudadana se desarrolló en muchas ocasiones con dificultades y con problemas económicos y sociales derivados de la propia estructura organizativa del modelo de *civitas*, dividido entre ricos y pobres, y de los comportamientos políticos que la aristocracia ciudadana ejercía en este marco de actuación para sacar el mayor beneficio posible de sus propiedades y posesiones, por medio de diversas formas de explotación.

I. RELACIONES INTERNAS EN LAS CIUDADES. PARTICIPACIÓN Y CONFLICTO

En este marco de relaciones destaca de manera prioritaria la compleja y contradictoria actuación de las aristocracias griegas en el seno de sus ciudades con respecto a la hegemonía de Roma, comprobándose una pluralidad de opciones en el

8. PLÁCIDO, D.: «La ciudad de Sócrates y los sofistas. Integración y rechazo», en *Heterodoxos, reformadores y marginados en la Antigüedad Clásica*, GASCÓ, F. y ALVAR J. (eds.): Universidad de Sevilla, 1991, p. 14.

9. HIDALGO DE LA VEGA, M. J.: *El intelectual, la Realeza y el poder político en el Imperio Romano*, Salamanca, 1995, pp. 20-27.

seno de la misma, difícil de analizar en profundidad, dado el carácter conciliador e incluso propagandista de la documentación literaria que poseemos. A esto se suma el hecho de que no nos han llegado textos claros que presenten los argumentos de una opción claramente antirromana, aunque fuese minoritaria. Estos puntos de vistas hay que reconstruirlos a partir de las críticas que hacen nuestros autores de ellos en sus obras¹⁰.

I.1. Participación y absentismo de las aristocracias ciudadanas

Por un lado, se hace patente el distanciamiento e incluso menosprecio de algunos aristócratas con respecto a la política y a la ocupación de magistraturas ciudadanas. Esta actitud, en parte podía estar relacionada con la escasa autonomía que el dominio romano les había dejado y la infravaloración que para ellos tenían estos cargos políticos sometidos al *imperium* del procónsul romano. En este contexto, había que redefinir la importancia de lo público frente a lo privado. Por ello, Plutarco ve la necesidad de escribir sus *Praecepta rei publicae*, en los que intenta elaborar un proyecto político en el que se desarrolle una nueva visión de la relación entre Grecia y Roma en un contexto de dominación. En este texto el autor presenta una serie de propuestas sobre la manera nueva en que las elites ciudadanas debían desempeñar su actividad política y en los instrumentos usados para ejercer esa acción política:

Creo que la política es como un pozo; los que caen por casualidad y sin pensarlo se turban y se arrepienten, en cambio los que bajan tranquilamente con preparativos y cálculo, manejan los asuntos con mesura y con nada se descomponen, puesto que tienen como objetivo único el bien mismo (798 CD).

En este pasaje el autor recalca que las razones de la vocación y dedicación política no pueden centrarse ni en el lucro ni en el deseo de fama o gloria ni en el afán de rivalizar, etc., sino en la reflexión que surge de «un proyecto de pensar lo más conveniente y mejor para él», de cara al bien común de las ciudades. Por eso, al comparar la situación real de las ciudades griegas en el Imperio con respecto a la de la época clásica, se pregunta y responde que las nuevas tareas son otras, pero no menores:

Pero ahora cuando la política de las ciudades no significa el mando en las guerras, ni el derrocamiento de las tiranías, ni el arreglo de alianzas, ¿qué principio de una actividad política lucida y brillante se podría emprender? Restan los procesos, las

10. Suet. *Claudius*, 25.3; Dion Casio, 60.17, 3 para posturas antirromanas en Licia; o la postura antirromana de Peregrino, Luciano, *Sobre la muerte de Peregrino*, 19. Cfr. BOWERSOCK, G. W. «The mechanics of subversion in the Roman provinces», en *Oppositionet résistances à l'Empire d'Auguste à Trajan*, Vandoeuvres-Genève, 1986, pp. 291-317.

embajadas ante el emperador, que requieren un varón fogoso y con ánimo, además de inteligente (805 A).

Con sus consejos Plutarco intenta romper la pasividad y el desentendimiento de la actividad política por parte de sectores de la aristocracia ciudadana; y les define el nuevo ámbito de actuación pública, presentándolo suficientemente amplio y adecuado como para que estas aristocracias empleen en él su tiempo, su esfuerzo y su dinero.

A pesar de todo lo referido, no hay que sobredimensionar las posturas críticas con respecto al poder hegemónico romano, como causa fundamental de este absentismo de la acción política. En muchos casos los rechazos a formar parte de los cargos ciudadanos se basaban en una simple falta de solidaridad cívica y en las mismas complicaciones que podían generarse de la ocupación de las magistraturas¹¹, como claramente lo expresa Dión en un pasaje de su *Segundo discurso en Tarso*:

Ahora bien, lo que está sucediendo entre vosotros es otra cosa. Ninguno de los políticos, según mis informes, tiene tales proyectos, ni esos temas figuran ya entre los asuntos públicos. Sino que unos se desentienden del todo, otros suben a la tribuna como de paso y apenas tocan el asunto..., diciendo que no es nada seguro dedicarse a la política... digo, pues, en términos generales que no os conviene semejante abstencionismo, por lo que, al ser incapaces de resolver cosa alguna, os hacéis sospechosos ante vuestros gobernantes (34-40).

Incluso entre los sectores griegos favorables a Roma, se desarrollan comportamientos poco adecuados para los intereses ciudadanos. En este sentido Plutarco también destaca a aquellos que se habían dejado seducir por el *Imperium* como una estructura de poder más ventajosa para ellos que sus propias ciudades, con lo que habían abandonado sus ciudades de origen para encuadrarse en la organización político-administrativa de Roma imperial¹², aunque muchos de los que defienden esta actitud «envejecen ante puertas ajenas, en tanto abandonan lo de la casa» (814 E). Además hay otro grupo dentro de la aristocracia ciudadana que en el afán excesivo de congraciarse con las autoridades romanas mantenían a sus ciudades sometidas más de lo necesario en una condición de casi esclavitud, actitud denunciada por el de Queronea, al decir que:

Aunque convierta en dócil la patria y la presente así ante los que mandan, no es necesario que añada humillaciones ni que además de grilletes en el tobillo, les ponga también un yugo, como algunos que al presentar ante los que tienen el poder incluso las cosas nimias se quejan por su esclavitud, pero de esta manera destruyen completamente la vida política, convirtiéndola en timorata, asustadiza y sin ninguna

11. JONES, C. P.: *The Roman World of Dio Chrysostom*, Harvard Univ. Press, 1978, p. 81; GASCÓ, F.: *Ciudades griegas en conflicto (S. I-III d.C.)*, Madrid, 1990, p. 27

12. NÖRR, D.: «Die Städte des ostens und das Imperium», *ANRW*, II 7.1, 1979, p. 12.

autoridad... y así al llevar ante el juicio de la autoridad romana toda decisión, reunión, concesión o acto administrativo obligan a que las autoridades controlen más de lo que quieren. Principal causa de esto es la soberbia y ambición de la aristocracia (814 EF).

Esta celosa actitud de recurrir continuamente a los dominadores ante cualquier asunto hace que pierdan poder y prestigio los órganos y magistraturas ciudadanas, vaciándolas de su exacto contenido político y de su potencialidad como instrumentos de concienciación cívica y de defensa de la identidad griega¹³.

En otras ocasiones, sobre todo en la segunda mitad del s. II d.C, muchos notables evitaban los cargos públicos para evadirse de las responsabilidades económicas que conllevaban, puesto que cada vez les resultaban más gravosa. El ejemplo paradójico de Elio Arístides es en este sentido emblemático, ya que por un lado en sus escritos defiende y propaga las excelencias de la organización ciudadana como proyecto de acción imperial, pero en la realidad concreta evade cualquier cargo en su ciudad de adopción Esmirna y en la de su nacimiento Hadrianos, escudándose en su mala salud¹⁴. El caso de Apuleyo es también significativo, ya que su decisión de celebrar la boda con Pudentilla, rica mujer de Oea, en el campo en lugar de en la ciudad estaba relacionada con su interés de no gastar en la ciudad las famosas *sportulae*, de las que se beneficiaban los conciudadanos (Apul. *Apol.*, 88; Plin, *Ep.* X 116), frente a los ejemplos literarios que el describe en *Las Metamorfosis* como propios de evergetas modélicos¹⁵. Estos comportamientos, por otra parte, eran expresión de los síntomas de crisis que en este período se estaban desarrollando en muchas ciudades y que ponían en cuestión el modelo de ciudad evergética, sacando a la luz sus contradicciones y conflictos. Cada vez se hacían más gravosos el cargo de las magistraturas y las liturgias. A esto había que añadir la generosidad de Adriano en conceder inmunidad (*atèleia*) a filósofos, rétores, gramáticos y doctores con el consiguiente peligro para las arcas municipales. Si bien estos decretos impulsaron la cultura griega por todas las ciudades, la situación económica de las mismas se hizo tan grave que obligó a Antonino Pío a promulgar un decreto estableciendo unos límites estrictos para el número de profesionales que en cada ciudad quedaban exento de los cargos públicos¹⁶, y se hizo más intensa la supervisión de las finanzas ciudadana por parte de los *curatores rei publicae*.

13. OLIVER, J. H.: The Roman governor's permission for a decree of the *polis*, *Hesperia*, XIII, 1954, pp. 163-167.

14. BEHER, C. A. *Aelius Aristides and the Sacred Tales*, Amsterdam, 1968, pp. 61-63; BOWERSOCK, G. W.: *Greek Sophists in the Roman Empire*, Oxford, 1969, pp. 31-41; RAMÍREZ DE VERGEL, A.: *Aristides I*, B.C.G., Madrid, 1987, pp. 27-32.

15. HIDALGO DE LA VEGA, M. J.: *Sociedad e ideología en el Imperio Romano*, Salamanca, 1986, pp. 21-35 con más referencias sobre estos comportamientos.

16. MACRO, A. D.: «The Cities of Asia Minor under the Roman Empire», *ANRW*, II 7.2 1980, pp. 658-697; BOATWRIGHT, Mary T., *op. cit.*, pp. 57-83.

Ante estas nefastas actitudes de la propia aristocracia griega, en la que se rastreaba además una frustración ante la política ciudadana y una nostalgia del glorioso pasado griego, se imponía como valor imprescindible el concepto y la práctica de la *philopatría*, es decir del patriotismo, y una revitalización moral del ejercicio de la política en el ámbito ciudadano. Estos conceptos son los que permiten que la ciudad evergética, consustancial al mundo clásico, cumpla los objetivos propios para poder reproducirse a sí misma en el tiempo, y colabore en el proyecto globalizador que Roma desarrollaba en todos los territorios conquistados, como modelo de evergetismo universal. Evidentemente junto a este patriotismo ideológico, la aristocracia ciudadana tenía además que ver preservados sus privilegios e intereses materiales poniéndolos en relación con los de la nobleza romana, con quien desarrollaba unas relaciones de clase dominante, que no tenían que anular su identidad como griegos. Estas premisas materiales e ideológicas permiten que la elites griegas aceptasen la propia ciudad como ámbito de actuación política y de vida cotidiana para disfrutar de sus recursos y hacer valer sus privilegios ante los demás conciudadanos, al tiempo que gastaba parte de sus beneficios económicos en la mejora de las ciudades a todos los niveles, en forma de liturgias o financiación de construcciones públicas, que embellecían y engrandecían las mismas, cumpliéndose así los objetivos de la ciudad evergética y estableciendo un vínculo afectivo entre la aristocracia y su «dulce patria», calificada así en tantos textos. A cambio estos nobles evergetas recibirán, como compensación, grandes honores de parte de sus conciudadanos y la concesión del título de *philopatris*¹⁷.

Muchas referencias literarias y sobre todo epigráficas se han conservado sobre la importancia de este vínculo afectivo y político hacia la ciudad de nacimiento. Las lápidas sepulcrales son un buen ejemplo de este profundo sentimiento patriótico¹⁸. Por otra parte, Luciano de Samosata comienza su «*Elogio de la patria*», diciendo: «Nada hay más dulce que la patria de uno», frase tomada de la Odisea IX 34, y posteriormente continua: «Si se tributa gratitud individualmente, como es justo, cuando se recibe un favor de otro, mucho más procede devolver a la patria cuanto merece, pues incluso frente a la injusticia de los padres hay leyes en las ciudades; más debemos considerar a la patria madre común de todos y tributarle nuestros dones de gratitud por nuestra crianza y por el conocimiento de las leyes mismas. No se conoce a nadie tan olvidadizo de su patria, que al estar en otra ciudad se desentienda de ella: antes, al contrario, quienes fracasan en el exterior continuamente exclaman que el mayor de los bienes es la patria; y los afortunados, aunque en

17. PANAGOPOULOS, C.: «Vocabulaire et mentalité dans «Moralia» de Plutarque», *DHA* 3, 1977, pp. 215 ss.; GAUTHIER, Ph.: *Les cités grecques et leurs bienfaiteurs* (BCH, suppl. XII), Paris, 1985; GIARDINA, A.: «Amor civicus. Formule e immagini dell'evergetismo romano nella tradizione epigrafica», en DONATI, A. (ed.): *La terza età dell'epigrafia*, Faenza, 1988, pp. 67-87; GASCÓ, F.: «Evergetes philopatris», en FALQUE E. y GASCÓ, F. (ed.): *Modelos ideales y prácticas de vida*, Sevilla, 1993, pp. 181-195; ID.: «Vita della polis», p. 1150.

18. GASCÓ, F.: «Evergetes Philopatris», pp. 184-86; ID., «El Elogio de la patria» de Luciano de Samosata en *Homenaje al Prof. José María Blázquez*, vol. III, Madrid, 1993, pp. 47-50.

todo lo demás triunfen, piensan que les falta eso, que es lo más importante. Y quienes en su tiempo de estancia en el exterior llegaron a ser ilustres por la adquisición de riquezas, el honor del cargo público, el testimonio de su cultura o el elogio de su valentía, es de notar que todos se apresuran a regresar a su patria, como si no pudieran exhibir sus propios éxitos en otro lugar mejor» (7-8).

Este pasaje expresa claramente los aspectos básicos que colaboran en el desarrollo de la ciudad evergética y su participación en el proyecto común con el *Imperium* como modelo de estado: patriotismo, práctica evergética, aristocracia local que gobierna en las ciudades, y notables que desempeñan cargos públicos en la administración central a través de sus *cursus honorum*, pero que al concluir su actividad como ecuestres, regresan a la ciudad de origen estableciéndose así a través de ellos un puente de unión entre su ciudad y Roma.

Poseemos muchos ejemplos de notables que actuaban como benefactores en sus ciudades y que han sido estudiados de forma específica, por lo que no vamos a reproducir aquí. Baste recordar el famoso Demóstenes de Enoanda, del que la famosa inscripción de Filadelfia (CGI, 3422) da cumplida cuenta de la fundación que hizo de las fiestas Demostenias, que implicaba además exenciones fiscales durante los días de celebración de las mismas a todas las transacciones comerciales realizadas en la ciudad licia¹⁹; o del aristócrata de Sagalaso en Pisidia, que financió varios espectáculos para su ciudad por lo que se escribió en un epigrama sepulcral que «puso a su vieja patria por delante de sus posesiones»²⁰. Opramoas de Rodiápolis en Licia llegó a ser uno de los evergetas más fastuosos de los conocidos por sus espléndidas donaciones en las ciudades licias como ha puesto de manifiesto la evidencia epigráfica²¹. En Afrodiasias un tal Adrasto además de ser considerado como un gran patriota, *philópatrin* y evergeta, se le considera «fundador del pueblo»²². Este amor por la «patria chica» no ensombrece o anula su lealtad hacia Roma, que en definitiva es la que garantizaba este *statu quo*, sino que se convivía con esa dualidad como expresión de integración y de la que el Imperio se nutría para poder cumplir sus objetivos políticos como estado universal.

Sabemos que una manifestación clara en la contribución de una conciencia cívica fue la relacionada con la actividad edilicia, muy frecuente en la primera mitad del s. II d.C.²³, y que proporcionaba todos los elementos materiales y simbólicos para la cohesión ciudadana interna y su superioridad con respecto a otras

19. WÖRRLE, M.: *Stadt und Fest im kaiserzeitlichen Kleinasien*, München, 1988, pp. 209-215; LIGHT, L. de: *Fairs and Markets in the Roman Empire*, Amsterdam, 1993, pp. 35-48; 64-71; GASCÓ, F.: «Vita della polis», pp. 1152 s.

20. ROBERT, L.: *Les gladiateurs dans l'Orient Grec*, Paris, 1940, nº 98 1.6.

21. SARTRE, M.: *op. cit.*, p. 163, nº 263, con muchas referencias a otros evergetas, pp. 161-175.

22. REYNOLDS, J.: *Aphrodisias and Rome* (JRS Monographs I), Londres, 1982, pp. 164 ss.; GASCÓ, F.: «Evergetes Philopatris», p. 188.

23. MITCHELL, S. T.: «Festivals, Games and Civic Life in Roman Asia Minor», *JRS* 80, 1990, pp. 189-91.

ciudades. Dión Crisóstomo destaca, entre otras, esta actividad como elemento básico del orgullo cívico, al decir:

Sabéis muy bien que con los edificios, las fiestas, con una administración de justicia independiente, con el derecho a no ser investigado en otras ciudades ni a contribuir con impuestos comunes como si fuerais, digo yo, una aldea, con todas estas cosas se mantiene el espíritu de las ciudades, aumenta la categoría del pueblo y alcanza mayor honra no sólo por parte de los forasteros residentes sino también de los gobernadores. Estas cosas proporcionan un gozo admirable a los que aman a su propia patria y no tienen miedo de que algún día aparezca como menos importante de lo que es en realidad (*Orat.* XL, 10).

Sin embargo, ni el patriotismo como estímulo ideológico del evergetismo, ni la conciencia cívica como soporte de la *philopatría*, ni las prácticas evergéticas pudieron anular las tensiones y conflictos que se dieron en el marco ciudadano entre los mismos aristócratas y entre éstos y el demos, sino que por el contrario las potenciaron en muchas ocasiones. De nuevo los discursos dioneos son buenos ejemplos de estas relaciones conflictivas. En el mismo discurso anteriormente citado expresa claramente ante esta situación: «En cambio, a los que tienen una actitud contraria, que prefieren mandar en personas débiles y consideran la gloria de la ciudad como infamia propia, les aportan necesariamente tristeza y envidia... Pero una ciudad, nunca se debe mutilar, ni reducir a los gustos particulares de una persona, ni medirla según su propio espíritu, sobre todo, si lo tiene mezquino y servil» (*Orat.* XL, 11). El mismo Dión fue objeto de crítica y ataques por parte de sus adversarios políticos ante su propuesta de construcción de unos pórticos en su ciudad de Prusa, como buen benefactor (*Orat.* XL, XLV, XLVII), a la que nos referiremos más adelante.

Claudio Aristion de Éfeso adquirió un gran prestigio y popularidad por sus beneficiencias públicas, pero sus enemigos políticos por medio de un soborno consiguieron llevarlo a juicio ante Trajano (Plin. *Ep.* 6.31.3). En época posterior, Vedio Antonino de Éfeso también fue atacado y menospreciado por sus oponentes políticos a causa de sus empresas edilicias hasta el punto de que el emperador Antonino Pío tuvo que enviar una carta a los efesios para defender tales construcciones (SIG 3, 850). Estas prácticas de acusar a un enemigo a los romanos tenían que ser muy comunes e incluso en ellas intervenían, sobre todo en los períodos de guerras civiles, las facciones romanas que apoyaban a unos y otros²⁴. El discurso de Dión «*Sobre la fama*» (I)²⁵ y las cartas de Plinio (libro X) en su etapa bitinia configuran buenos testimonios para analizar las rivalidades que se generaban entre los grandes patriotas de las ciudades por destacar unos sobre otros en sus manifestaciones ever-

24. BOWERSOCK, G. W.: *op. cit.*, pp. 179, 184.

25. DESIDERI, P.: *Dione di Prusa. Un intellettuale greco nell'Impero Romano*, Messina-Firenze, 1978, pp. 21.214; JONES, C. P.: *The World*, pp. 105-114.

géticas, hasta el punto de que en muchas ocasiones se vieron arrastrados a gastar por encima de sus posibilidades o comprometieron las finanzas de las ciudades en empresas ruinosas. Los casos de Nicomedia, Nicea y Claudiópolis son resaltados por Plinio (X 31-7; 39), y son famosas las lamentaciones y quejas de Plutarco, en sus *Praecepta* (820-823), ante un uso indebido de los actos de munificencia a la ciudad por parte de políticos ambiciosos, a los que aconseja prudencia y virtud en sus actos evergéticos. Estas prácticas sistemáticas obligaron a que Antonino Pío sacara un rescripto por el que exigía el consentimiento imperial para realizar obras de gran envergadura en las ciudades. Como se puede observar, la actividad constructiva y urbanística en la antigüedad, al igual que en nuestro presente, fue un instrumento de poder político y económico de importancia excepcional y fue utilizada como arma política en los conflictos ciudadanos.

La misma competencia entre los nobles de la ciudad por conseguir los puestos preeminentes y los máximos honores se convertían en muchos casos en un duelo político entre ellos, reflejo de las actitudes agonales enraizadas en la sociedad helénica desde siempre. La posibilidad de obtener el preciado título de «primero de la ciudad» disparaba la rivalidad entre los miembros de la aristocracia, hasta el punto de que en muchas ocasiones ponía en peligro la estabilidad y el orden ciudadano. El objetivo último de obtener el rango más elevado en sus ciudades consistía en llegar a ser miembro del senado romano. Esta movilidad social está documentada de forma diversa, tenemos un ejemplo significativo en una serie de inscripciones honoríficas (fines del s. II y comienzos del III d.C.), referida a la familia de los Ulpios Carminios de Afrodisias en Caria²⁶.

Las conflictivas relaciones que en este período altoimperial se desarrollaron entre los sofistas y de las que da cumplida cuenta Filóstrato en la «*Vida de los sofistas*»²⁷, hunden sus raíces en esta misma problemática y a la que se añade la rivalidad por ser los mejores oradores y conseguir las cátedras de retórica. En este sentido, es relevante la entrada en la polémica de los discípulos que, como clientela fiel a sus maestros, los apoyaban en la controversia. Pero estos intelectuales actúan en sus ciudades como aristócratas, ya que pertenecían a este grupo social, y en nada sus prácticas diferían de la de los demás notables. Así sabemos que Loliano de Éfeso fue estratega en Atenas, Herodes Ático y Apolonio de Atenas, arcontes epónimos de esta ciudad, Heráclides de Licia, magistrado epónimo de la ciudad, y cuya actividad edilicia fue la propia de un notable evergeta, a las que se agrega su magisterio como rétor, etc. Sus metas últimas eran también el prestigio, la fama y el ascenso social²⁸.

26. MACRO, A. D.: «The Cities of Asia Menor», *ANRW*, 72.2, 1980, pp. 685 ss. y notas. Sobre las relaciones entre las aristocracias de las ciudades cfr. MITCHELL, S.: «The Plancii in Asia Menor», *JRS* XLIV, 1974, pp. 27-39.

27. BOWERSOCK, G. W.: *Greek Sophist*, pp. 21-25; 89-100; ANDERSON, G. *Philostratus. Biography and Belles Lettres in the Third Century AD*, London, 1986, pp. 57-75; GASCÓ, F.: *Ciudades griegas...*, pp. 32-35.

28. GASCÓ, F.: *Ciudades griegas...*, pp. 36 ss.

La rivalidad en la que se vio envuelto Dión de Prusa con Flavio Arquipo defendido por Eumolpo, antes reseñada, tuvo su origen en la realización del proyecto edilicio dioneo de construir un pórtico en Prusa, su ciudad. Después de obtener los permisos pertinentes en Roma, inició la construcción bajo su supervisión como *curator*, pero las demandas interpuestas por sus adversarios políticos, acusándolo de malversación, obligaron a paralizar las obras. Plinio escribió a Trajano sobre las dificultades que Dión estaba atravesando, derivadas de esta lucha política y pidiéndole consejo sobre el requerimiento de los contendientes de revisar las cuentas antes de entregar la obra (*Ep.* X 81). Posiblemente la necesidad de las reformas a las que se refiere Plinio en (X 70) sean las que el sofista diseñó para su ciudad (*Orat.* XLVII, 14) y que fueron aprobadas por la asamblea. Esta situación provocó las réplicas en la Asamblea de un Dión airado y dolido: «La utilidad de una ciudad se logra cuando se hace digna y decorosa, cuando recibe más aire, espacios abiertos, sombra en verano, sol bajo techado en invierno, edificios altos y dignos de una gran ciudad en vez de pobres y miserables ruinas», y después de poner ejemplos sobre construcciones edilicias y reformas en otras ciudades como Tarso y Nicomedia, realizadas por benefactores de esas ciudades, continúa: «Ya que ahora, si me dedico al asunto y me esfuerzo para que la obra continúe, dicen algunos que actúo como tirano y que arraso la ciudad y todos sus santuarios. Pues lo que está claro es que fui yo el que prendió el fuego al templo de Zeus. Sin embargo, salvé del vertedero sus estatuas, que ahora están en el lugar más visible de la ciudad. Pero si permanezco tranquilo, porque no quiero que nadie se lamente ni se enfade con otros, empezáis a gritar: «Que prosiga la obra o que se derribe lo que ya está hecho»... ¿qué queréis que yo haga? Porque lo que me digáis, lo haré... Sin embargo, ¿tengo yo que hacer la obra, presentarme al procónsul y rogarle que con toda amabilidad y en la medida de lo posible reclame las contribuciones a los que las prometieron? Pues no sólo estoy dispuesto a hacer esto, sino también a contribuir personalmente con una parte de la suscripción, con la intención de aligerar de la carga a los demás» (*Orat.* XLVII, 15-19).

La evidencia epigráfica también aporta información sobre esta misma problemática. Es el caso del epígrafe referido a Herodes Ático²⁹, que señala tales problemas en el seno de la ciudades griegas. Por Filóstrato sabemos que fue arconte epónimo de Atenas (*VS*, 549), asumiendo todos los gastos que dicho cargo conlleva, se comportó como modelo de evergeta, realizando importantes construcciones edilicias (*VS*, 551), y se enfrentó con Frontón, Demóstrato y otros políticos que le reprochaban la manipulación en el testamento de su padre (*VS* 555; 559 s), a los que acusó de concitar al pueblo en su contra y trató de llevarlos ante la autoridad judicial en Roma. Sin embargo, fue el propio Herodes el que fue juzgado y considerado culpable por el emperador Marco Aurelio (*VS* 561). Además, tuvo problemas con el sofista Filagrode Cilicia, enemigo de Luciano; en esta rivalidad tomaron

29. GRAINDOR, P.: *Un milliardaire antique: Héroe Atticus et sa famille*, El Cairo, 1930.

parte activa los discípulos de ambos (VS, 578-580). Filagro consiguió ocupar la cátedra de Retórica de Roma.

En Esmirna rivalizaron Escopeliano y Timócrates, a quien defendió Polemón (VS, 536), y éste a su vez fue acusado de apropiación indebida de las donaciones en dinero concedida por el emperador, a pesar de haberle otorgado la ciudad de Esmirna la presidencia de los juegos Olímpicos instituidos por Adriano: y el mismo emperador tuvo que intervenir en la controversia a favor de Polemón (VS, 532-533). Muchos más ejemplos de rivalidad política se desgranán en la obra filostrata, de la que ni siquiera se libra su autor con varios oponentes (VS, 627).

I.2. Conflictos sociales en las ciudades. El demos y la aristocracia

De igual forma que la aristocracia ciudadana no era una clase social homogénea, el demos de las ciudades no era tampoco un grupo indistinto, había grandes diferencias entre los sectores dedicados a actividades artesanales y comerciales, y los trabajadores sin derechos como los trabajadores del lino en Tarso (*linourgoi*), u otros que no tenían ninguna ocupación³⁰, pero evidentemente todos compartían la aspiración de vivir mejor y comprendían que un medio para llegar a conseguirlo eran precisamente los donativos y prácticas evergéticas de los benefactores de las ciudades. El demos, a cambio, permitía, aunque no sin problemas, como veremos, que las élites ricas ejercieran el poder ciudadano, quienes están destinadas a proteger todo el orden cívico, según Plutarco (817 CF). Sin embargo, en muchas ocasiones esta aparente y también real estabilidad social consentida se rompe y se desencadenan conflictos, motines y rebeliones que ponían en peligro la *pax romana* y obligaba a intervenir a los gobernadores con sus recursos militares en la vida interna de las ciudades para reconstruir de nuevo el orden establecido. Los motines y rebeliones se daban en las calles de las ciudades, en el ágora, o en los hipódromos y teatros en los casos de ciudades grandes³¹.

El miedo a los desórdenes y conflictos está muy bien atestiguado tanto en los discursos de los sofistas como en las *Cartas* de Plinio, o en *Los Hechos de los Apóstoles*, y se observa que este miedo era compartido tanto por las oligarquías ciudadanas como por los gobernadores romanos que estaban en las provincias orientales. Los discursos de los sofistas, además de aportar una información, a veces no muy clara de estos conflictos, son unos auténticos programas de propaganda política a favor de la concordia en las ciudades y de consejos a la clase política ciudadana para evitar que éstos se produzcan, ya que en última instancia acarrearían la intervención de las autoridades romanas y la pérdida de libertad.

30. SARTRE, M.: *op. cit.*, pp. 186 ss.

31. CAMERON, A.: *Bread and Circus; the Emperor and his People*, London, 1973; VEYNE, P.: *Le Pain et le cirque. Sociologie historique d'un pluralisme politique*, Paris, 1976.

Pero, en muchas ocasiones, era precisamente la supresión de los derechos democráticos para el pueblo lo que provocaba manifestaciones de diversas formas, como la que cita Filón que se dio en Alejandría, donde la plebe se levantó de sus asientos del teatro, dando gritos al oír «el nombre de libertad» en la representación de una tragedia, hoy perdida, de Eurípides (*Quod omn. Prob. Lib*, 141). Este pasaje nos recuerda a otros parecidos de Dión de Prusa, en los que reprende los comportamientos excesivos de los ciudadanos de Alejandría, aunque no aclare los motivos (*Orat.* XXXII, 4, 25-32, 33, 35, 41-42, 51-52, 55).

El demos para Plutarco es la parte enferma del cuerpo, que tiene que ser dominada por su propio bien y por distintos procedimientos, entre los que se incluye la concesión por parte de los *protoi* de pequeñas concesiones, realizadas por el evergetismo, con lo que a cambio se podrá contar con su ayuda en cuestiones de gran interés ciudadano. Pero hay que tener mucho cuidado con llevar a cabo una política demagógica para atraerse al demos con ellos y conseguir su reconocimiento, ya que puede generar una rivalidad entre familias aristocráticas y el demos ante esta situación se convierte en un peligro potencial para la estabilidad del orden ciudadano (800 C, 802D, 814C, 815 AC, 818 A, 818 E-819B, 821, 822 ACF, 823-F)³². En un pasaje del texto explicará claramente que: «El hombre de estado no deberá permitir que se trate a la plebe despóticamente por parte de los ciudadanos» (818c) y continúa más adelante aconsejando que nunca debe permitirse que se produzca una guerra civil (*stasis*); la prevención de la misma es la función más grande y noble del hombre de estado (824 BC), y en cuanto a la plebe comenta que «el demos tiene tanta libertad como nuestros gobernantes le hayan concedido; y quizá no le convenga tener más» (824 C).

Desde esta perspectiva, no es de extrañar que a Plutarco, ante esta situación conflictiva, de la que apenas explica sus causas económicas, lo que más le interesa es dar consejos a los políticos para que puedan conseguir eficazmente el objetivo más importante como era la concordia interna, según se lee en este pasaje: «Queda para el político sólo una tarea en nada inferior a otros logros para la ciudad, conseguir para los que viven juntos la concordia, la amistad entre unos y otros, y erradicar todas las querellas, discrepancias y disensiones... y enseñarles que los que se concilian, difieren no sólo por moderación costumbres sino también por prudencia y magnanimidad con respecto a los que rivalizan por imponerse y vencer, y cediendo en lo pequeño obtienen la victoria en lo más hermoso e importante... Además debe explicar en público y en privado... que lo mejor para los prudentes es vivir en paz y en concordia» (824E).

Dión de Prusa teoriza sobre dos tipos de demos en su discurso *Al pueblo de Alejandría* (XXXII, 27-28). Según el autor hay «un demos razonable, amable y realmente tranquilo, capaz de apreciar la libertad de palabra, y de no permitirse todos los lujos, moderado, magnánimo, respetuoso con los hombres buenos y las buenas

32. JONES, C. P.: *Plutarch and Rome*, Oxford 1972 (2ª ed.), p. 117 da diversas referencias.

palabras, agradecido con los que le corrigen y le instruyen». El otro tipo de *demos* es aquel, que es «osado y arrogante, descontentadizo para todo, molesto, semejante a los tiranos, y mucho peor todavía, como que su maldad no es una sola ni sencilla, sino compuesta de otras muchas».

Esta teorización de los dos intelectuales griegos reflejan los puntos de vista que la aristocracia ciudadana en general tenía sobre el mismo, y comprueba la división social entre la elite y los sectores populares, justificada con categorías morales en el marco de una concepción en la que la jerarquía social se manifiesta como «natural» (Filostr. *VA*, 5.34), y de ahí las comparaciones con la especie animal³³. Todas las apelaciones a la concordia por parte de políticos e intelectuales eran una forma de disuadir a la aristocracia y al *demos* para que usaran libremente la libertad de expresión y, por tanto, un intento de limitar una práctica democrática efectiva. En el caso de Dión, además, le sirve en la elaboración de una teoría de la ciudad ideal que presenta en su discurso *Boristenítico* (XXXVI), en el que defiende que la justicia de una ciudad está garantizada si los líderes políticos son justos y el pueblo se comporta de manera obediente: «Si cuando los gobernantes y los jueces son sensatos y sabios, y el resto del pueblo es gobernado según el criterio de los jefes, conforme a las normas de la legalidad y la prudencia, debemos llamar a tal ciudad prudente y legal, y tenerla como una auténtica ciudad gracias a sus gobernantes» (21-23). Para ello, es imprescindible la concordia en la ciudad y en la realeza: «Según esto, por Zeus, no podría llamarse ciudad la que se encuentra con dirigentes malos y mezquinos..., ni la que está metida en revoluciones a todas horas, sino la que está gobernada por la más prudente y mejor de las monarquías, y administrada según la ley con toda amistad y concordia» (31-32). Además, el mismo autor relaciona el evitar las discordias internas ciudadanas con la esencia de la cultura helénica (*Orat.* XXXII. 37).

Por el epistolario de Plinio con Trajano, en su época de gobernador romano en Bitinia, tenemos noticias de las frecuentes revueltas y conflictos que conmovieron la región a finales del s. I y principios del II. De ahí el temor de Trajano de que se organizarán asociaciones o agrupaciones que pronto se convertían en facciones políticas, en *betaerías*³⁴. Sabemos que el emperador no dio su aprobación a la propuesta de Plinio de crear en Nicomedia un *collegium fabrorum* de 150 miembros

33. BRANTLINGER, P.: *Bread and Circus: Theories of Masses Culture and Social Decay*, Ithaca, 1983, pp. 55 ss.; BARRY, W. D.: «Aristocrats, Orators, and the «Mob»: «Dio Chrysostom and the World of the Alexandrians», *Historia* XLII, 1993, pp. 90-93; MACMULLEN, R.: *Roman Social Relations*, New Haven, 1974, pp. 138-141, contiene muchas referencias a Dión de Prusa; RUDE, G.: *The Crowd in History*, New York, 1964, pp. 7 ss., estudia estas interpretaciones sobre estos temas en los siglos XVIII y XIX europeos.

34. SHERWIN-WHITE, A. N.: *The Letters of Pliny. A historical and social Commentary*, Oxford, 1966, pp. 607, 688 s, 707, para el caso de Plinio. En general cfr. ROSTOVITZ, M. I.: *HSEIR*, I, pp. 375, nº 42; 378, nº 44; MACMULLEN, R.: *Enemies of the Roman Order*, Cambridge, 1966, pp. 341 ss., BOWERESOCK, G. W.: *The mechanics*, pp. 312 ss.

para atender a la ciudad en casos urgentes como el del incendio que se había producido recientemente, y así lo manifiesta en una respuesta muy significativa:

Se te ha ocurrido que, a ejemplo de otras muchas ciudades, se podía establecer en Nicomedia un gremio. Pero no debe olvidarse que esa provincia, y principalmente las ciudades, se han visto muy perturbadas por las asociaciones. Cualquiera que sea el nombre que les demos, cualquiera que sea la razón que tengamos para formar un cuerpo de muchas personas, celebrarán reuniones, aunque sean cortas. Es, por tanto, mucho más conveniente proveerse de todo lo necesario para apagar el fuego, advertir a los dueños de las casas que vigilen atentamente, y ocupar a los primeros que se presenten cuando lo exija la necesidad (*Ep.* X. 34).

Esta misma sospecha subyace en la actitud romana ante las comunidades cristianas, de las que da cuenta también Plinio (*Ep.* 96.7) y de las que se deduce la relevante extensión que la fe cristiana tenía ya en las ciudades bitinias y la obligación del autor de proteger y fomentar los cultos grecorromanos.

Ante esta situación no es extraño que los discursos bitínicos de Dión de Prusa estén centrados sobre el tema de la concordia tanto interna como entre ciudades. En los discursos bitínicos (XXXVIII-LI) Dión describe con gran viveza y desolación los continuos conflictos que se desarrollaban en las ciudades de Bitinia, en Nicea, en Nicomedia, en Prusa o en Apamea, hasta el punto de que en ocasiones se vivía una atmósfera de guerra civil.

Una cierta rivalidad entre el demos y la aristocracia pudo expresarse a través de los órganos de representación de ambos grupos sociales, como eran el consejo y la asamblea. Por los discursos de Dión tenemos noticias de estas rivalidades en varias ciudades de Cilicia y Bitinia (*Orat.* XXXIV, 16s, para Tarso; *Orat.* XXXIX, 3-8 para Nicea). En Tarso, metrópolis de Cilicia, según parece, nunca se ponían de acuerdo los órganos políticos (consejo, asamblea, *gerousía*, *neoi*) y, por eso, se reunían ante las posturas contrarias que estos órganos tenían en la defensa de sus intereses. El demos se levanta contra el estratega, aunque Dión no explica de manera clara cuáles eran los motivos profundos de esta actitud, pero puede intuirse una fuerte presión del demos sobre los ricos ciudadanos. Al autor no le interesa tanto explicar las causas del conflicto como aconsejar los modos para conseguir la concordia; y por eso, posteriormente celebra en su discurso que hayan llegado a un acuerdo conjunto y ante esta situación aprovecha para aconsejar a los ciudadanos que «para ponerse decididamente de acuerdo y elegir con preferencia una acción común, no hay otra posibilidad que desembarazarse de los males que agitan y perturban³⁵. La concordia aparece, pues, como un buen instrumento para evitar los conflictos pero mediatiza, a su vez, el libre debate político entre la aristocracia y el demos en la asamblea popular. La controversia política queda manipulada por la

35. JONES, C. P.: *The Roman World*, p. 80 sobre *stasis* en Tarso; SARTRE, M.: *op. cit.*, p. 199.

homonoia. La *parresía* queda fuera de los canales políticos institucionales y será utilizada por sectores radicales como los cínicos y los mártires cristianos³⁶.

Sin embargo, le preocupa más la situación socio-política del grupo de los «tejedores» (*linourgoi*) que están fuera del cuerpo cívico y sería necesario que fuesen inscritos como ciudadanos de pleno derecho puesto que son fuente de conflictos sociales continuamente. El pasaje referido a este colectivo es revelador del conflicto ciudadano y de la importancia que para Dión tienen los conflictos que puedan organizar este grupo social y, por eso, defiende y aconseja a los de Tarsos que les conceda la ciudadanía:

Hay una multitud nada pequeña que vive al margen de la política. A estos los suelen llamar algunos «los Tejedores». Y unas veces se sienten molestos con ellos y aseguran que son una turba inútil, responsable del alboroto y del desorden; otras veces los consideran como una parte de la ciudad y vuelven a tenerles aprecio. Ahora bien, si creéis que esos hombres os causan daño y que ocasionan revueltas y desórdenes, deberíais, sin más, expulsarlos y no admitirlos en vuestras asambleas. Pero si pensáis que son ciudadanos no sólo por el hecho de residir en la ciudad, sino también por haber nacido aquí la mayoría de ellos..., no es conveniente ni ultrajarlos ni desgajarlos de vuestra comunidad... ¿Qué es, pues –se dirá–, lo que nos recomienda? Pues que inscribáis a todos como ciudadanos, de verdad, con la misma categoría que vosotros y... que los consideréis como lo que son, es decir, como una parte de vosotros mismos» (*Orat.* XXXIV, 21-23).

Posiblemente³⁷ estos tejedores estaban organizados en un *collegium* profesional con lo que su presión política podía estar mejor organizada y ser, pues, más eficaz; y una forma de contrarrestar sus revueltas sería la concesión de ciudadanía.

En otros discursos dioneos se alude a la suspensión del derecho de celebrar asambleas en su ciudad de Prusa, a causa de que son éstas las causantes de las revueltas, y existía el peligro de que derivara en un motín (*Orat.* XLVIII)³⁸, o en el caso de una ciudad libre, el conflicto ciudadano podía conducir a la pérdida de dicho estatus, como expresan los ejemplos recogidos en la documentación epigráfica³⁹. En este período las asambleas populares de las ciudades griegas, que habían sido verdaderos soportes de la democracia griega en los ss. V y IV a.C., aunque en ocasiones se reunían y discutían asuntos importantes, habían perdido su poder político democrático y con el tiempo dejaron incluso de reunirse. Esta pérdida de poder del órgano básico de defensa de los intereses del demos, dejó desprotegido

36. *Acts.* 4. 27-31; *Eus, Mart. Pal.* 4.7; cfr. SHEPPARD, A. R. R.: *op. cit.*, p. 248.

37. JONES, C. P.: *The Roman World*, p. 81; CRACCO RUGGINI, L.: «La vita associativa nelle città dell'Oriente greco: tradizioni locali e influenze romane», en *Assimilation et résistance...*, pp. 462-490.

38. GASCÓ, F.: *Ciudades*, p. 40, nota 66; JONES, C. P.: *The Roman World*, p. 113.

39. MAGIE, D.: *op. cit.*, p. 474 (junto con 477) y 503 (Cízico dos veces); 530 (los licios); 548 y 569 (Rodas, dos veces); 570 (Samos), etc.

40. STE CROIX, G. E. M.: *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, Barcelona, 1981, pp. 368-370.

al mismo de la explotación y opresión a las que le sometían los propietarios ciudadanos⁴⁰. De ahí que se produjeran en los momentos más conflictivos reacciones violentas por parte de los pobres, o huyeran del juego cívico para organizar bandas de «latrones», como las que describe Apuleyo en «*El asno de oro*»⁴¹ y Dión Casio (LII, 27, 3-5) o que pasaran a ser prácticamente dependientes de los terratenientes con la consiguiente pérdida de libertad⁴².

Tenemos también referencias de controversias ciudadanas entre magistrados y demos en el *Euboico* de Dión (VII, 23-26), en donde se dice que una «enorme multitud reunida en el mismo lugar, en medio de un tumulto griego, y de un clamor indescriptible, de forma que parecían que estaban conteniendo los unos con los otros... A unos los escuchaban largo tiempo, pero a otros, al contrario, malhumorándose contra ellos en cuanto comenzaban a perorar, no les permitían siquiera emitir la menor palabra». En este caso el autor está contrastando la vida apacible del campo con el desorden, el bullicio, la demagogia y los conflictos propios de la ciudad, particularmente en el desarrollo de las asambleas populares⁴³.

A veces la *stasis* podía ser tan grave y peligrosa que requería el empleo de tropas para sofocarla. Es el caso, descrito por Dión, que sucedió en Alejandría, donde un serio disturbio (*taraché*) provocó la intervención del prefecto de Egipto con tropas (*Orat.* XXXII, 71-72). En estos pasajes el sofista ataca al demos alejandrino por su comportamiento, comprobando, además, que el teatro y el hipódromo son dos espacios utilizados por el pueblo para sus reivindicaciones y luchas políticas contra el poder imperial, en este caso es contra el emperador Vespasiano⁴⁴. Estos espacios políticos son los sustitutos de las asambleas populares que apenas se reunían y estaban vacías de contenido y poder político. No todos los especialistas que han estudiado el discurso alejandrino están de acuerdo con la idea de ser un ataque contra Roma, como se puede observar⁴⁵, pero se produjeron otras revueltas en Alejandría, además de la descrita por Dión, que dan debida cuenta del grado de violencia que se desarrolló en las ciudades y las causas de las mismas.

En las inscripciones ciudadanas y en las monedas también aparece el tema de las discordias internas. Hay una extraña referencia epigráfica en Esparta en la que

41. HIDALGO DE LA VEGA, M. J.: *Sociedad e ideología...*, pp. 59-67.

42. ID.: «Esclavitud y dependencia en el universo del Asno de Oro de Apuleyo de Madaura», en MYRO, M.^a; CASILLAS, M.; ALVAR, J.; PLÁCIDO, D. (eds.): *Las edades de la dependencia*, Madrid, 2000, pp. 273-287 y bibliografía que allí se cita.

43. DESIDERI, P.: «City and Country in Dio di Prusa», en SWAIN, S. (ed.): *Politics, Letters and Philosophy*, Oxford, 2000, pp. 93-107.

44. FRASER, P. M.: *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, 1972, pp. 799-800; JONES, C. P.: «The Date of the Dio of Prusa's Alexandrian Oration», *Historia*, 22, 1973, p. 308 lo interpreta como un ataque contra Roma en la figura de Vespasiano.

45. BARRY, W. D.: *op. cit.*, pp. 102 ss., considera que no debe interpretarse como un ataque contra Roma, sino como una mera resistencia a la acción del prefecto, pues los alejandrinos tuvieron miedo del uso de la fuerza por parte de Roma y, como dice Dión, contuvieron su carácter.

se habla de ciertos disturbios revolucionarios (*neoterismo*), que ciertos autores⁴⁶ relacionan con una rebelión sucedida en Grecia, mencionada por la *Historia Augusta*, explicando que fue aplastada por Antonino Pío. En líneas generales, se observa por la evidencia epigráfica que cuando se consigue restablecer la concordia, se elogia al gobernador o al aristócrata que han contribuido a ella, o bien, como es el caso de las monedas, aparecen el demos y la *boulé* dándose la mano para celebrar la armonía recuperada⁴⁷, ilustrando y confirmando las referencias dioneas.

Sin embargo, a pesar de estas causas políticas que subyacen en los conflictos analizados, una de las causas fundamentales de la violencia en las ciudades griegas era la escasez de trigo para alimentar a la plebe o el precio desmedido del mismo. Tenemos muchas referencias de motines y ataques a los magistrados y a los ricos de las ciudades por ser ellos los culpables de esta situación, ya que preferían acumular las reservas para provocar una subida de precios o vender a precios elevados en el comercio exterior, prácticas que siguen perviviendo en el siglo IV y V d. C., como se refleja en la documentación de la época⁴⁸. Las causas de la escasez de trigo podían ser múltiples. La más inmediata se debía a un período de mala cosecha, pero ésta evidentemente se limitaría a una sola ciudad o a una región, por lo que la explicación de la especulación sería la más normal. No hay que olvidar que los pobres de las ciudades están continuamente atacando a los ricos por sus prácticas especulativas con el trigo para hacer subir los precios. Filóstrato (VA, I, 15) alude a un motín en Aspendos debido a que los poderosos de la ciudad retenían el grano para venderlo más caro en el exterior, el pueblo protestó ante el gobernador que tuvo que intervenir para solucionar el problema, en época de Tiberio o de Calígula⁴⁹. El mismo Dión fue acusado en su ciudad de Prusa por el demos por haber especulado con el trigo que había experimentado una gran subida por ello. Además le atacan de prestar dinero a otros para que también actuaran en la misma línea. El pueblo se amotinó e intentó apedrear y prender fuego a su casa y a la de otros culpables (*Orat.* XLVI, 8-15)⁵⁰.

Por eso, ante el peligro que suponía el desabastecimiento de la plebe de las ciudades, no tanto por la falta de producción sino por una distribución incorrecta, se realizaban, además de las distribuciones evergéticas ya conocidas, repartos públicos y privados. El mismo Dión en su discurso *Euboico* (29) hace una referencia a estas distribuciones, poniendo en boca de un ciudadano la posibilidad de que

46. STE CROIX, G. E. M.: *op. cit.*, p. 553, nº 2.

47. SARTRE, M.: *op. cit.*, p. 200, nº 488 y 489.

48. PICARD, G. C. y ROUGÉ, J.: *Textes et documents relatifs à la vie économique et sociale dans l'Empire romain*, París, SEDES, 1969. De carácter general GARNSEY, P.: *Famine and Food Supply in the Graeco Roman World*, Cambridge Univ. Press, 1988; SARTRE, M.: *op. cit.*, pp. 190-195.

49. GASCÓ, F.: *Ciudades*, p. 41; SARTRE, M.: *op. cit.*, p. 191.

50. BARRY, W. D.: *op. cit.*, pp. 82-103, especialmente 87.

la ciudad pueda cultivar las tierras dedicadas a la caza, de la que se podría obtener fácilmente tres «quenices» áticas de trigo por cabeza⁵¹. Alimentar al pueblo era, pues, una de las formas de evitar motines en las ciudades. Por ello, también era importante el abastecimiento del aceite, aunque en segundo lugar, y también por ello, era objeto de especulación. El emperador Adriano con su legislación sobre el aceite, por la que se tiene que entregar obligatoriamente un tercio de la cosecha, llevando a cabo confiscaciones a los defraudadores, intentó impedir estas prácticas especulativas para hacer subir el precio del mismo y venderse en los mercados exteriores provocando en las ciudades una carestía del producto de manera ficticia⁵².

Elio Arístides también describe un conflicto social entre los ciudadanos de Rodas. El motivo no aparece de forma muy clara, pero por las referencias del autor en otros discursos, ciertos estudiosos⁵³ han considerado que está relacionado con el pago de unos préstamos motivados a causa de un terremoto en la ciudad (*Orat.* XXIV 29K). El autor envió este discurso conciliador a la ciudad con la finalidad de conseguir la concordia entre los ciudadanos, coincidiendo así en sus propuestas con Plutarco y con Dión de Prusa. Pero, además de coincidir, Arístides desarrolla estos planteamientos hasta el punto de identificar la esencia de la cultura helénica con la concordia política que implica conformismo y, que el autor considera que son las condiciones ineludibles de la vida cívica en época antonina⁵⁴.

Otro fenómeno que podía motivar agitación social era la propia presencia de predicadores, magos y charlatanes por las ciudades. En este sentido, podemos observar que la religiosidad y la credulidad en cosas extraordinarias se unían como fenómenos que generaban una gran atracción popular y que eran fuentes de agitación y conflicto en el marco ciudadano⁵⁵. En las *Actas* también hay muchas referencias sobre la conflictividad que se vivía en las ciudades griegas del período. Tenemos una referencia sobre la «reunión tumultuosa» de los ciudadanos de Éfesos en el teatro, provocada por las enseñanzas de Pablo (19.29). En este pasaje se

51. SARTRE, M.: *op. cit.*, pp. 193 se dan referencias sobre distribuciones alimentarias en diversas ciudades de la *pars orientis*.

52. SAYAS ABENGOECHEA, J. J.: «La Ley de Adriano sobre el aceite ático. Consideraciones económicas y problemas adicionales», en BLÁZQUEZ, J. M. y REMESAL, J. (eds.): *Actas del II Congreso Internacional. Producción y comercio del aceite en la Antigüedad*, Madrid, 1983, pp. 441-464.

53. BOULANGER, A.: *Aelius Aristide et la Sophistique dans la province d'Asie au I^{er} siècle de notre ère*, París, 1966, (1^a ed. 1923), pp. 374-376; BEHR, C. A.: *Sacred Tales*, pp. 73 ss.; GASCÓ, F.: *Ciudades*, p. 41; ID.: *Elio Arístides I*, Introducción, Madrid, B.C.G., p. 34.

54. Arist. *Orat.* XXVII, 40-41 y *Orat.* XXIV, 42; cfr. SHEPPARD, A. R. R.: *op. cit.*, p. 251.

55. BOWERSOCK, G. W.: «The Mechanism of Subversion in the Roman Provinces...», pp. 308-311; MACMULLEN, R.: *Enemies...*; HIDALGO DE LA VEGA, M. J.: «La función de los milagros en la sociedad romana», *Homenaje al Prof. Abilio Barbero*, LORING, M.I. (ed.): Madrid, 1997, pp. 329-348; ID.: «Conflictividad social y control religioso en el campesinado del mundo del Asno de oro de Apuleyo de Madaura», en *ARYS 2*, Madrid, 1999, pp. 163-182; ID.: «Hombres divinos. De la dependencia religiosa a la autoridad política», en *ARYS 4*, Madrid, 2001, pp. 191-209.

observa que los límites entre una asamblea, un encuentro público y/o una revuelta, no estaban claros⁵⁶.

De esta documentación se deduce que el demos de las ciudades era proclive a organizar motines, rebeliones o revueltas por las razones más diversas y ocasionaban un daño enorme a la convivencia ciudadana a la que tanto apelaban los voceros oficiales, poniendo de manifiesto la naturaleza de la estabilidad y de la inestabilidad social en las ciudades griegas del Imperio.

II. LAS RELACIONES ENTRE CIUDADES: *HOMONOIA* VERSUS RIVALIDAD

A lo largo de todo el Imperio Romano las ciudades griegas desarrollaron entre sí una pugna, en muchas ocasiones excesiva y desmedida, por conseguir privilegios, honores y títulos asociados a los templos y festivales⁵⁷, a través de los que querían sobresalir unas de otras y atraerse el favor imperial. Este fenómeno ha sido estudiado por diversos investigadores en casos concretos a partir de la documentación disponible, ya sea literaria, jurídica, epigráfica o numismática. L. Robert⁵⁸ estudió en este magnífico artículo la rivalidad entre Nicomedia y Nicea, que llegó a derivar en un gran odio entre ambas y a grandes excesos entre ellas. Es de todos sabido que el espíritu griego tenía un componente básico en todas las manifestaciones de su vida, que era el *agón*, la competición, pero este sentimiento derivaba en este marco en un odio tan elevado que concitaba a todos los ciudadanos en contra de sus oponentes. Las aristocracias ciudadanas eran más conscientes del peligro de esta actitud para sus intereses económicos y comerciales de clase, y para sus relaciones sociales y de amistad entre ellas; por eso en muchos casos su actitud era más contenida. Pero la plebe de las ciudades menos interesadas en estos aspectos que les eran ajenos entraba en una espiral de aversión hacia los vecinos que el simple nombre de los mismos provocaba fuertes quejas y críticas.

Los sofistas, como intelectuales que desarrollaban su trabajo en las ciudades, eran conocedores de estas disputas entre ciudades y, preocupados por esta perversa dinámica y conscientes de su peligro, lanzaban en sus discursos distintas proclamas a favor de la concordia entre ciudades, explicando las consecuencias terribles que podían tener no sólo para los propios intereses internos ciudadanos sino además, de cara a las relaciones con Roma y el emperador. Los mismos monarcas, conscientes del problema, tuvieron que actuar con equitativa ponderación a la hora de conceder títulos y honores para atenuar en lo posible esta pugna que alteraba el equilibrio en el orden estatal romano. Por ello, cuando se conseguía establecer la ansiada *homonoia*, ésta se celebraba con actos cívico-políticos tan

56. Cfr. *Acta Martyrum* (Pionius) 7.1 sobre el peligro de una asamblea que podía derivar en revuelta y era investigada por las autoridades romanas.

57. D. Chr. XXXVIII, 39; Aristid, XXIII, 12, 64, 66, 67; Filostr. VS, 539.

58. «La titulature de Nicèe et de Nicomédie: la gloire et la haine», *HSCP*, 81, 1977, pp. 1-39.

importantes como la acuñación de monedas resaltando este hecho, pero sin necesidad de tener que ser legitimada por un tratado de alianza⁵⁹. La concordia formaba parte de las relaciones diplomáticas y de civilidad desarrolladas por miembros destacados de las ciudades en conflicto, incluidos los sofistas. Sin embargo, hay que destacar que en la misma dinámica de esta competición, en muchos casos excesiva e irracional, se manifestaban cuestiones relacionadas con ese patriotismo local, del que hemos hablado en el primer apartado, y que colaboraba a mantener viva en el seno de cada ciudad la identidad que como griegos tenían; al tiempo que el hecho de conseguir mayores honores y títulos creaba en el imaginario ciudadano la sensación de estar situados en una ubicación mejor en esa ecumene civilizada cuya centralidad la tienen Roma y el emperador, que como evergeta máximo colabora a la recreación y reproducción de ese orden cósmico. Por eso, la misma rivalidad era una forma de rivalidad de manera continua su lugar en el Imperio⁶⁰. Pero, también es verdad que la propia dinámica de la competición podía ser utilizada por Roma como instrumento o vehículo de control en el marco de la dominación en las que estaban inmersas estas ciudades. Ante ello, el antídoto más eficaz y propagado en las ciudades griegas era el concepto de concordia que, convertido en virtud política de gran relevancia, preservaba la solidaridad «nacional» de las *poleis* y, en su vertiente de *homonoia* panhelénica, servía para defenderse de cualquier enemigo interno o externo⁶¹.

Muchos especialistas han estudiado y analizado este problema desde ángulos diversos y entre ciudades concretas, como el caso de L. Robert y otros, pero queda pendiente un trabajo de conjunto de esta problemática durante el Imperio Romano, enmarcada en el contexto global de la vida de las ciudades griegas, de su organización a todos los niveles y de su situación de sometimiento con respecto a Roma. Para todo ello se dispone de un preciado material literario, epigráfico y numismático⁶² que ilustra de manera muy cualificada el medio social y cultural en el que se desarrolla esta problemática. F. Gascó⁶³ hizo un útil análisis sobre las interpretaciones que especialistas en el tema hicieron sobre el mismo, para subrayar las causas diversas que sustentaban la rivalidad entre ciudades. Pocos estudiosos⁶⁴ resaltan como causa significativa el factor económico y el enriquecimiento que generaba para la ciudad el obtener los mayores títulos y honores, ya que este hecho traía añadido celebraciones de fiestas y conmemoraciones religiosas que atraían a muchas gentes de ciudades más o menos cercanas, animando con ello el comercio y los negocios ciudadanos. La mayoría de los investigadores considera

59. CALLU, J. P.: *La politique monétaire des empereurs romains de 238 à 311*, París, 1969, 28-35; R. PERA, *Homonoia sulle monete da Augusto agli Antonini*, Génova, 1984.

60. PRICE, S.: *Rituals and Power*, Cambridge, University Press., 1984, pp. 238-250; SARTRE, M.: *op. cit.*, pp. 209 s.

61. SHEPPARD, A. R. R.: *op. cit.*, p. 229, nº 1.

62. SHEPPARD, A. R. R.: *op. cit.*, pp. 230-31, nºs 12, 13, 14.

63. *Ciudades en conflicto*, pp. 48-50.

64. CASTRITIUS, H.: *Studien zu Maximus Daia*, Kallmünz, 1969, pp. 50-60, es de los pocos autores que se preocupa por los aspectos económicos que podían subyacer en las pugnas entre ciudades.

que son cuestiones protocolarias y de acumulación de títulos las que subyacen en estas pugnas desarrolladas con un exceso desmedido⁶⁵, rebajando así la seriedad del debate político de las ciudades y poniendo el acento en la frivolidad de sus clases dirigentes que se enzarzaban en disputas vacuas rodeadas tan sólo de gestos ritualísticos y escenográficos.

Normalmente las rivalidades se desarrollaban entre ciudades cercanas entre sí como fueron los casos de Nicomedia y Nicea, Prusa y Apamea o Esmirna y Éfeso, entre otros muchos casos. En concreto para estas ciudades los discursos de Dión de Prusa, Plutarco, Filóstrato y Elio Arístides y, en menor caso, los textos de Dión Casio son un material muy resaltante y de primera mano para entender el fenómeno. Todos ellos estaban muy implicados en la vida de estas ciudades y comprometidos con la consecución de la concordia, como instrumento esencial para que la vida ciudadana se desarrollara en convivencia y pudieran cumplirse los intereses de Roma, en este sentido, como potencia dominadora pero que quería ejercer su dominio sin conflictos y en consenso con los sectores dominantes de los griegos. Por eso, estos autores ejercieron de mediadores entre las ciudades para lograr la ansiada *homonoia*, y mediadores entre éstas y Roma para presentar ante sus conciudadanos el discurso de la dominación de manera que pudiera ser considerado como beneficioso para los intereses de los dominados.

1. En la rivalidad entre Nicomedia y Nicea aparece en primer término la reclamación que ambas hacen de la *tá proteia* en Bitinia. La primera, como capital y sede del gobierno provincial, poseía el título de «metrópolis y la primera de Bitinia y el Ponto» desde Calígula. Nicea, por su parte, utilizaba el título de *próte pólis*, basándose en su mayor antigüedad y en su situación de centralidad geográfica y de posesión de un extenso y rico territorio. Tanto Dión (*Orat.* XXXIX) como Plinio (*Ep.* 37, 39) nos dan cuenta de los programas constructivos de estas ciudades. Evidentemente en la *stasis* entre ciudades por conseguir la primacía, *tá proteia*, se expresaba el patriotismo de sus elites por hacer que sus ciudades destacaran sobre las demás y como elemento de identificación frente a las otras, y para ello un elemento destacable era la antigüedad y el parentesco griego de sus orígenes, todo ello documentado por medio de leyendas fundacionales que precisamente con este motivo, en los casos de las ciudades más recientes, se fijaron en este período. En este sentido, parece que Dión se decanta más por Nicea aludiendo a sus prestigiosos orígenes llenos de dioses y héroes, que él mismo reconstruye (*Orat.* XXXIX, 1, 8); en cambio reprocha a los de Nicomedia que, en esta dinámica contra Nicea, no quieran atender a la necesidad de practicar la concordia con ellos y se revuelvan tan sólo con oír ese nombre: «Lo que afirmo, hombres de Nicomedia, es que

65. BOULANGER, A.: *Aelius Aristides et la sophistique dans la province d'Asie au II^e de notre ère*, París, 1923, pp. 376ss.; MAGIE, D.: *The Roman Rule in Asia Minor*, Princeton, 1950; pp. 634-640; BOWERSOCK, G. W.: *Greek Sophists*, pp. 89-101.

vosotros debéis vivir en concordia con los nicenos. Escuchad, pues, y no os enojéis antes de que os exponga los motivos» (XXXVIII, 7).

Era, pues, importante que, por parte de los mitógrafos, poetas, historiadores o sofistas se hicieran grandes esfuerzos por enlazar con las leyendas griegas de las *poleis* más antiguas y emparentar sus dioses y héroes con los de aquéllas en un intento de legitimar y prestigiar sus orígenes a través de una antigüedad ficticia. De nuevo los ciclos troyanos del retorno de sus héroes fueron reutilizados con esta finalidad e incluso para ser admitida en el *Panbelenion*. Cuanto más oscura es la ciudad tanto más necesita de un prestigioso parentesco y de una antigüedad ancestral presentada incluso a través de una toponimia griega reconstruida de forma ficticia y de su conmemoración en las monedas⁶⁶.

El proceso de petición de títulos y honores se iniciaba en la ciudad que enviaba al *koinon* las consiguientes alegaciones justificativas y la asamblea del *koinon* elaboraba una selección previa de todas las peticiones y una vez verificadas las alegaciones que sus embajadores habían realizado, esta documentación la enviaban al emperador, con lo que el príncipe era conocedor de los apoyos que dicha demanda tenía por parte de la mayoría de las ciudades del *koinon*⁶⁷. Esta importancia de tener apoyos por parte de ciudades más pequeñas que formaban parte del *koinon*, se pone de manifiesto en un pasaje del discurso de Dión a los nicomedios, a los que interpela en su lucha con los nicenos: «Así mientras vosotros seguís luchando por la primacía, corréis el riesgo de que la primacía esté en manos de aquellos cuyo favor tratáis de conseguir. Pues es posible que piense la gente que otros poseen lo que, a vuestro parecer, tenéis que recibir de ellos. Y será absolutamente necesario que las ciudades adopten su propia constitución y, como es razonable y justo, que ellas tengan necesidad de vosotros y vosotros de ellas» (*Orat.* XXXVIII, 35). En otros pasajes el autor, aludiendo a la ineficacia e inutilidad de rivalizar por títulos dice: «Si alguien os preguntara en términos generales, ciudadanos de Nicomedia, qué preferís, si ser los primeros de verdad o ser llamados los primeros sin serlo, seguramente reconoceríais que preferís ser los primeros mejor que os lo llamen sin fundamento. Pues los nombres nunca tienen la fuerza de los hechos» (30), y en la misma línea continúa más adelante: «Pero si poseéis la denominación de “metrópolis” en exclusiva, mientras que la de la primacía la compartís con otros, ¿qué salís perdiendo con ello? Yo me atrevería a afirmar que, aunque os quedéis totalmente sin los títulos, no perderéis nada... Que alguien quiere ser denominado “el primero”, pues que lo sea. Pero si uno es el primero, aunque otro tenga el título, el primero es el que lo es de hecho. Porque los nombres no son garantía de los hechos, sino que los hechos lo son de los nombres» (39).

66. ROBERT, L.: *BCH*, 101, 1977, pp. 128 ss.; SARTRE, M.: *op. cit.* pp. 206 ss. y n^{os} 538 y 539; MITCHELL, S.: «The Greek City in the Roman World: the Case of Pontus and Bithynia», *Actes du VIII^e Congrès Intern. Epigr. Grecque et latine*, Athènes, 1982, Atenas, Musée épigraphique, 1984, pp. 131 ss.

67. ROBERT, L.: «Sur les inscriptions d'Ephèse», *RPh*, 1967, pp. 46-48; SARTRE, M.: *op. cit.*, p. 205.

En la idea vertida por Dión de considerar vacuo y frívolo luchar por títulos y denominaciones recurre al pasado griego en el que la lucha entre ciudades por la hegemonía, que se dirimía a través de las armas, era una lucha por un poder real y además, terminaba con rapidez. En cambio, las rivalidades actuales no ofrecen ningún poder real, sólo títulos honoríficos, y pueden durar varias generaciones, abocando a las ciudades a un desgaste económico, que aunque sea pasajero, sus consecuencias pueden ser muy graves. Así lo manifiesta Dión en un pasaje del mismo discurso: «Los atenienses hicieron la guerra para seguir manteniendo los tributos de los isleños, y unos y otros lucharon entre sí para seguir tratando en su propia ciudad las causas de todos. Aquellas ciudades hicieron, pues, por conseguir el poder... Pero si nosotros recuperamos la hegemonía porque nos la ceden los niceños, ¿vamos a recibir los tributos que ahora ellos reciben?... ¿O vamos a hacer que obtengan menos diezmos de Bitinia?... Y nosotros, porque aparezcamos en alguna inscripción como los primeros, ¿nos creemos que vamos a tener la hegemonía? ¿Qué clase de hegemonía?» (25-26, 29).

Del desgaste de las ciudades como consecuencia de las rivalidades tenemos algunos ejemplos significativos, como fue la situación en la que quedó Nicea, que mantuvo su título de «primera» hasta que optó por apoyar a Pescenio Níger en la guerra civil entre éste y Septimio Severo; la rivalidad entre estas dos ciudades se extiende hasta la antigüedad tardía. En el caso de su rival histórica Nicomedia, ésta se vio recompensada con la concesión de una segunda necoría por la ayuda prestada a Septimio Severo; o también fue el caso de Antioquía, cuyo territorio quedó muy reducido y dependiente de Laodicea, durante varios años. Durante la guerra civil, entre 193-97, las ciudades de la *pars orientis* se dividieron y apoyaron a los diversos contendientes para conseguir el *imperium*: Bizancio y Antioquía apoyaron a Níger y, en cambio, sus rivales, Laodicea y Tiro se pusieron de parte de Septimio Severo, con lo que unas se vieron recompensadas por el vencedor y otras castigadas con la pérdida de honores y títulos. Las viejas pugnas entre ciudades vuelven a reproducirse y son utilizadas por los pretendientes al trono imperial en sus luchas políticas (Herod. III 3.3. 6-9; DC, III. 2, 7-9)⁶⁸.

Estas rivalidades, consideradas por los romanos como «deslices griegos», *belleniká hamartemáta* (Dión. *Orat.* XXXVIII, 38), eran fomentadas por la propia administración romana, de forma consciente o no, ya que, tanto los emperadores como los gobernadores provinciales, incluso en su parquedad de concesiones, entraban en el juego de las peticiones de las ciudades al ser ellos los que aceptaban y concedían los títulos y honores o incluso el ser sedes del culto imperial⁶⁹. Filóstrato (VA 6.38) describe cómo Apolonio de Tiana ejerció de mediador en las disensiones creadas en Antioquía por el gobernador de Siria, consiguiendo que se alcanzara la

68. GASCÓ, F.: «Casio Dion y la rivalidad de las ciudades griegas», *Actas I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, PEREIRA, G. (ed.): Santiago de Compostela, 1988, pp. 135-147; SARTRE, M.: *op. cit.*, p. 209.

69. JONES, C. P.: *The Roman World*, p. 85.

concordia. Pero también desde el interior de las ciudades por parte de «los hombres mezquinos» (XXXVIII, 50) se trata de alentar las pugnas con intereses exclusivamente personales, que son atacados y desenmascarados por Dión en su arenga. Además el orador les insta a conseguir la concordia con los de Nicea y a éstos con aquéllos. Cuando lo consigan pueden ambas ciudades «formar una federación. Dominaréis a todas las ciudades; y los gobernadores tendrán hacia vosotros mayor miramiento y temor en el caso de que quieran cometer alguna injusticia» (34), con lo que el mensaje dioneo les hace reflexionar sobre la importancia de llegar a un consenso que repercutirá muy positivamente en la defensa de sus intereses colectivos frente a la injerencia romana en caso contrario, ya que la rivalidades son utilizadas por los gobernadores y así lo expresa: «¿No os dais cuenta de la tiranía que vuestra querrela pone en manos de los que os gobiernan?... Porque o bien, se asocia con el partido de los niceos y tienen a sus partidarios para que le ayuden, o bien, si toma partido por Nicomedia, goza de vuestra protección. No solamente no es amigo ni de unos ni de otros... sino que realmente es injusto con todos» (36). En cambio, las ventajas de la concordia que Dión va desgranando son múltiples: entre ellas destaca a los mismos *protoi* de cada una de estas ciudades que pueden realizar prácticas evergéticas tanto en una como en la otra ciudad; aumentará la población en una suma de ambas; así como el territorio que se extenderá ostensiblemente. «En una palabra, si todo lo unís –frutos, dinero, cargos de las personas, fuerza militar–, los recursos de ambas ciudades se duplicarán» (42). En el fondo, si seguimos la opinión de Kienast⁷⁰, Dión plantea un tratado de *isopoliteia* entre dos ciudades.

En el discurso *Sobre la concordia en Nicea (Orat. XXXIX)*, Dión Crisóstomo celebra finalmente que se haya llegado a alcanzar esa tan ansiada concordia que permitirá llevar a la práctica todos los aspectos reseñados en el anterior discurso, aunque no explica los factores concretos que han puesto fin a la discordia. Lo importante es que la concordia es ya un proyecto real y el autor aprovecha esta ansiada situación para subrayar el prestigio de los orígenes de Nicea, que recae en la figura de Dioniso como antepasado y en Heracles como verdadero fundador, según manifiesta referencias numismáticas⁷¹, y como afirmaba de Tarso (*Orat. XXXIII*, 47). Con la concordia conseguida se potencia la capacidad de los ciudadanos con el propósito de lograr una prosperidad común y duradera, y así el orgullo de ser griego queda identificado con la propia concordia, además de la ostentación de títulos y honores. El discurso finaliza con una súplica general a los dioses relacionados con los orígenes o intereses de la ciudad y, entre ellos, figura además de Zeus, Heracles, Dioniso o Afrodita, la Concordia. En muchas ocasiones se celebraba la concordia mediante la emisión de monedas conjuntas⁷², ya referidas, y erigiendo estatuas de la diosa *Homonoia*⁷³.

70. KIENAST, D.: «Die Homonoia Verträge in der römischen Kaiserzeit», *JNG*, 14, 1964, pp. 51-64.

71. JONES, C. P.: *The Roman World*, p. 90.

72. PERA, R.: *Homonoia sulle monete da Augusto agli Antonini*, Génova, Il Melangolo, 1984.

73. ROBERT, L.: *Studi Clasice*, 16, 1974, pp. 68-70; SARTRE, M.: *op. cit.*, p. 209.

Evidentemente los títulos aportan gloria y prestigio a las ciudades, pero también son un polo de atracción para evergetas de otras ciudades y para negociantes y comerciantes, que atraídos por la fama que aportan tales títulos a las ciudades, convierten a las mismas en centros especiales de mercados, fiestas; pero sobre todo se produce hacia ellas un desplazamiento de las funciones de los aparatos administrativos-religiosos con un aumento de los cargos y prácticas administrativas que concita la presencia de mucha población en estas ciudades con el consiguiente despegue económico de las mismas. Es decir, que no sólo se luchaba por una simple cuestión de orgullo «local», sino que además en estas rivalidades subyacía la posibilidad de obtener ventajas materiales. En esta dicotomía entre gloria-orgullo y beneficios materiales radicaba las causas de las rivalidades entre ciudades.

2. En los casos de las relaciones entre ciudades más pequeñas el problema de la rivalidad también era un fenómeno importante. Es el ejemplo del enfrentamiento entre Prusa y Apamea que rivalizan sobre derechos y competencia, pero en la práctica concreta dependía una de otra, era imposible que vivieran de espaldas. Prusa distaba veinte kilómetros de Apamea, colonia romana, la única en Bitinia, que en la práctica era el puerto de la misma Prusa. Las exportaciones de Prusa, sobre todo la madera para la construcción, tenían que canalizarse a través del puerto, a pesar de ello las gentes de las ciudades se enzarzan en una perversa pugna sin importarles las consecuencias económicas derivadas del cierre del puerto para el comercio. Tanto una como otra reclamaron a Plinio⁷⁴, gobernador de Bitinia, el derecho de inspeccionar sus propias finanzas. Estas ciudades reclaman la actuación de Dión como mediador en el conflicto, dado su gran predicamento y prestigio en ambas ciudades, en las que compartía ciudadanía. Estos datos y otros que aparecen en el discurso dioneo (XL) *Sobre la concordia con los de Apamea*, hacen pensar que esta ruptura de relaciones se fecharía en torno al 101 d.C. y que Dión al regresar del exilio iría primero a su ciudad Prusa, en un deseo de servir a su ciudad, y allí ofrecería el discurso ante la Asamblea, como vehículo para conseguir la concordia, explicando a sus paisanos los beneficios de la misma y los perjuicios de la discordia. En un principio el autor tiene reticencias en aceptar la mediación que le piden los de Apamea, pues considera que algunos prusanos no verían con buenos ojos su intervención, dado el prolongado tiempo que ha estado ausente de su ciudad (17-18).

En la explicación ofrecida por Dión no se hace la menor referencia a las causas de la querrela, pero algún dato indirecto referido en el discurso hace sospechar problemas sobre riquezas materiales y de apropiación de territorio. En un pasaje se dice: «Porque es mucho mejor cambiar en amistad la rivalidad nacida de las diferencias. Así apareceremos como más sensatos y más capaces de menospreciar la

74. *Ep.* 47: *Habuisse privilegium et vetustissimum morem arbitrio suo rem publicam administrare*, HARRIS, B. F.: *op. cit.*, p. 891.

riqueza y las ventajas de la población» (23), y posteriormente continúa: «¿Cuál podría ser la cantidad de riquezas o el tamaño del territorio por el que los hombres inteligentes deberían cambiar su correcto comportamiento de cada día... Más aun, las circunstancias del territorio, del mar y de las montañas os mantienen unidos de todas maneras; y aunque no queráis, os obligan a relacionarnos unos con otros. Porque ellos necesitan de vuestros bosques... y nosotros no tenemos otro puerto por donde recibir nuestras importaciones ni por donde exportar nuestros productos» (30). Una vez explicadas las causas que podían haber provocado la ruptura de relaciones, y lo poco provechosa que resultan la hostilidad y el enfrentamiento con una ciudad vecina como Apamea, rica, grande, y que goza del apoyo de los gobernadores (22), lo que Dión quiere proyectar a sus conciudadanos es la importancia de recuperar la armonía y concordia entre ambas. Pues no son sólo estas razones económicas que ambas ciudades comparten y de las que dependen conjuntamente las que obligan, según el orador, a recuperar la concordia, sino además las relaciones estrechas y matrimoniales entre sus aristocracias y la estima de la que gozan en las dos ciudades (22). El ejemplo más rotundo lo aporta la misma familia de Dión, ya que tanto él como su padre tenían derecho de ciudadanía en Apamea; y a su abuelo materno y a su madre les concedió la ciudadanía de Apamea posiblemente el emperador Claudio (*Orat.* XLI, 6)⁷⁵. El estatuto de colonia romana que tenía Apamea posiblemente le eximía de algunos cargos tributarios, provocando esta situación especial recelo y envidia entre una población como la de Prusa que se consideraba como verdaderos griegos y los más antiguos, y por eso sus ciudadanos influyentes eran honrados en Apamea. La concordia, aclara el orador, no significa sumisión, sino colaboración y participación en proyectos comunes de los que ambas saldrán beneficiadas y por eso, ya que los de Apamea están dispuestos a celebrar la concordia, los de Prusa deben también tener un gesto de acercamiento y de reconocimiento de esta actitud, ya que «la paz y la concordia jamás han hecho daño alguno a los que las practican» (26). Por el contrario, de esta relación estrecha se deriva una participación común «en los festivales comunes, en las fiestas de los dioses y en los espectáculos», así como «mezclarse unos con otros en los sacrificios y en las plegarias» (28), que organizarían los sacerdotes del culto imperial, ya que los combates de gladiadores estaban en muchos casos asociados al culto imperial y, por tanto, se presentan como celebraciones relacionadas con el establecimiento de necorías⁷⁶.

El discurso que Dión pronunció ante el senado de Apamea, «*A los habitantes de Apamea, sobre la concordia*» (XLI), está relacionado con el anterior y es su

75. VON ARNIM: cree que pudo ser dicho emperador; cfr. JONES, C. P.: *The Roman World*, p. 92.

76. ROBERT, L.: *Les Gladiateurs dans l'Orient Grec*, París, 1940 (Amsterdam, 1970), 175, pp. 270-725; JONES, C. P.: *The Roman World*, p. 93; GASCÓ, F.: *Ciudades*, p. 73 y «Casio Dion y las rivalidades», pp. 135-147. Los espectáculos de gladiadores son rechazados abiertamente por Plutarco (*Praec. ger. reip.* 822C), al considerarlos como bestiales y sanguinarios, poco civilizados y estimuladores de los peores instintos de la plebe. Este rechazo ha sido considerado como una manifestación de antirromanismo cultural.

complemento. Si en el anterior se dirige a sus paisanos para instarlos a recuperar la amistad con los de Apamea por todas las razones explicadas anteriormente, en éste se dirige a los senadores de la colonia para confirmar ante ellos la reconciliación y concordia que culminarían de éxito su gestión como mediador. En esta mediación Dión se comporta con las dos ciudades con la misma actitud de patriota, pues es ciudadano de ambas y desea que tanto una como otra prosperen por todos los medios a través de la concordia y las buenas relaciones. Además las buenas relaciones que tenía con notables romanos (7), incluido el emperador Trajano, lo hacían la persona ideal para conseguir éxito en esta gestión y en la posibilidad de apoyos imperiales a estas ciudades, como de hecho sucedió. No en vano Filóstrato lo considera como perfecto en todo y excelente en su mediación para conseguir la concordia entre ciudades (VS I, 7). El elogio que hace de Apamea, como colonia romana, lo retrotrae a Roma, como ciudad colonizadora, que sobresale por su humanidad y por haber extendido su ciudadanía, sus leyes y sus cargos a todos los «hombres honrados» (9). A imitación de ella, Apamea ha concedido ciudadanía y ha admitido como miembros del senado a nobles de Prusa y los ha hecho partícipes de los privilegios que son propios de una ciudad romana (11). Todo esto contribuye a que la concordia y amistad entre ambas se selle de manera duradera, gracias a la mediación del sofista.

En estos dos discursos se observa la ductilidad del pensamiento dioneo, que en un alarde muy arriesgado para sus novedosas propuestas sobre el modo de expresar el helenismo en su época, una vez perdida la *eleutheria* pasada, trata de elogiar el modelo de ciudad romana (y a Roma), en territorio colonial romano, junto con la defensa que siempre hace de la identidad griega propagada a través de sus discursos en las *poleis* bitinias (*Orat.* XLIV, 10; XLVIII, 8) en un difícil equilibrio ideológico del que a pesar de lo contradictorio resulta airoso y eficaz, ya que podía servir como elemento cohesionador de las diversas facciones en Bitinia⁷⁷. La concordia entre ciudades cumplía el objetivo de aglutinar en torno al modelo de la ciudad los sectores sociales de unas y otras ciudades enfrentados, desde los más nobles a los más marginados. La concordia además contribuía a que el proyecto imperial romano se reprodujera *ad aeternum* con la incorporación a dicho proyecto de las elites ciudadanas, que habían perdido sus objetivos en la acción política en un escenario nuevo como era el de la dominación romana. Así helenismo y dominación formaban parte de un mismo fenómeno que tenía que ser visualizado y vivido por las aristocracias griegas de forma autónoma y digna, y en el que se considerasen involucrados en la defensa de sus intereses y privilegios.

3. También la rivalidad entre Esmirna y Éfeso es referida por el propio Dión Crisóstomos en su segundo discurso en Tarso (XXXIV 48), donde trata la rivalidad

77. GASCÓ, F.: *Ciudades...*, p. 59; JONES, C. P.: *The World*, pp. 77-90; SHEPPARD, A. R. R.: *op. cit.*, p. 234.

78. PRICE, S.: *op. cit.*, 129, nº 156; MERKELBACH, R.: «Der Rangstreit der Städte Asiens und die Rede des Aelius Aristides über die Eintracht», *ZPE*, 32, 1978, pp. 292-296; GASCÓ, F.: *Ciudades...*, pp. 77 s.

de ésta y Egas, o la de Apamea y Antioquía, y se dirige a todas las ciudades con un mensaje en defensa de la concordia frente a la controversia, haciendo hincapié en la inanidad de la pugna por títulos, por rango o por el orden en las procesiones⁷⁸, puesto que el poder y el dominio «era otra cosa» y «es cosa de otros», en clara referencia a Roma. Además compara esta situación con la de la servidumbre: «Es como si dos esclavos disputaran entre ellos por su reputación y rango» (XXXIV 51), para resaltar la vaciedad de la lucha.

Pero será cincuenta años más tarde, cuando otro sofista, Elio Arístides, elabore un discurso cuyo argumento básico es, de nuevo, la *homonoia*. Este discurso titulado «Sobre la concordia de las ciudades» (XXII K) fue pronunciado en Pérgamo (167 d.C.) con motivo de la reunión del *koinon* asiático, y a través de él intenta poner paz y concordia en las rivalidades continuas que mantenían Pérgamo, Esmirna y Éfeso. También el historiador Dión Casio, *curator* de Pérgamo y Esmirna, estuvo muy en contacto con el tema y lo trató en su Discurso sobre Mecenas (LXXIX 7,4)⁷⁹. En una carta, el emperador Antonino Pío se dirige a estas tres ciudades reclamándoles respeto entre sí y concordia⁸⁰. Esta intervención imperial consiguió finalmente que las mismas acuñaran monedas de *homonoia*⁸¹, aunque posteriormente el conflicto resurgiría una vez más. Filóstrato al narrar la biografía de los sofistas alude a que en la lucha entre Éfeso y Esmirna, Favorino se puso a favor de la primera y Polemón de la segunda (VSI 25).

De los datos que se tienen podemos avanzar que se erige como centro de la polémica el que Esmirna se vanaglorie de ser tres veces neocora y en cambio Éfeso solamente alega una doble neocoría por parte de los emperadores y otra para el culto de la diosa Ártemis, concedida por Caracalla, según la evidencia epigráfica⁸². También por decreto de Caracalla, Pérgamo consiguió una tercera neocoría⁸³, pero Macrino lo privó de la misma, con la consiguiente reacción airada de sus ciudadanos, cuya insolencia es resaltada por el mismo Casio Dión (LXXVIII 20, 4). «La deshonra pública» –*atimía*– a la que se vio sometida Pérgamo, fue la causa de su reacción, ya que, como sabemos, la importancia que para las ciudades griegas tenía el poseer títulos que la convirtieran en «la primera» de la provincia y se evidencia en una inscripción en honor del sofista Nicomedes a causa de su buena actuación como patrono de la ciudad, en la que ya no aparece esa titulación⁸⁴. Posiblemente la actuación de este sofista esté relacionada con su intervención en el intento de

79. MILLAR, F.: *A Study of Cassius Dio*, Oxford, 1964, pp. 8, 23, 109; AMELING, W.: «Cassius Dio und Bithynien», *EA*, 4, 1984, pp. 123-2138; GASCÓ, F.: «Casio Dion y las rivalidades», pp. 135-147.

80. SIG3 849; ABBOTT y JOHNSON, 100, fechada entre 140-144.

81. SHEPPARD, A.R.R.: *op. cit.*, p. 235, nº 43.

82. ROBERT, L.: «Sur des inscriptions d'Ephèse, 6. Lèttres impériales à Éphèse», *RPh*, 41, 1967, pp. 44-64.

83. HABICHT, Ch.: *Die Inschriften des Asklepieions*, Berlín, 1964, pp. 18 y 73.

84. La inscripción apareció en el Asclepion de Pérgamo y en ella se dice que el consejo y el pueblo de Pérgamo honra al sofista Nicomedes «por su benevolencia y patronazgo» para con la ciudad, cfr. HABICHT, Ch.: *op. cit.*, pp. 71-74; 158-161; GASCÓ, F.: *Ciudades*, pp. 94 s.

recuperar la necoría perdida con Macrino y con la presencia urgente de Dión Casio como curator en la ciudad para sosegar los ánimos ciudadanos. Esta rivalidad por «sus templos y los derechos asociados» a ellos es destacada por Filóstrato (VS, 539) y sabemos la importancia económica y no sólo de prestigio que este hecho tenía. Las ciudades que obtenían la condición de neócora, es decir «guardiana de un templo» dedicado al culto imperial, se convertían en las más importantes de la provincia con posibilidades máximas de ser además la sede de reunión del *koinón* provincial. La celebración de las fiestas religiosas asociadas al culto imperial concitaba la presencia de muchos visitantes provinciales y de delegaciones oficiales, al tiempo que atraía la atención del soberano para la concesión de otros honores y ventajas. Por ello, los emperadores para evitar o suavizar la lucha entre las ciudades por conseguir las neocorías y repartir los honores permitieron, con el asentimiento del senado, que se celebrase el culto imperial de forma sucesiva en varias ciudades de la provincia⁸⁵. Esmirna desde el año 10 a.C. era la sede del consejo provincial. A partir del 26 d.C. se reunirá alternativamente en Esmirna y en Pérgamo, después en Éfeso, Sardes, Cícico, Filadelfia, etc. En total, por la documentación conservada, sabemos que treinta y cinco ciudades se repartieron cincuenta y dos neocorías imperiales⁸⁶.

En la defensa de estos derechos se erigen los sofistas que como el citado Nicomedes actúan como benefactores y defensores de sus respectivas ciudades. Filóstrato cuenta la actitud del arrogante Polemón, que aunque nació en Laodicea, ejerció como sofista oficial de Esmirna, sucediendo en su labor a Escopeliano, y actuando a favor de la concordia interna y representando a la ciudad en una embajada enviada al emperador (VS 431). En la dinámica de la lucha entre las tres grandes ciudades asiáticas fue designado «abogado defensor» –*syndikos*– de los intereses de la misma y consiguió con un discurso leído ante el emperador los honores para Esmirna⁸⁷. Lo mismo sucedió en el caso de Éfeso, según se deduce de un epígrafe en el que se cita a un anónimo representante que desempeñó la defensa de la primacía de la ciudad con los derechos asociados ante el emperador Caracalla y, además de ser designado *syndikos*⁸⁸, ocupó los puestos de estratego, decaproteo, parafilax e irenarco⁸⁹, cargos propios de miembros de las aristocracias ciudadanas, cuya importante labor en beneficio de las ciudades es puesta de manifiesto por el biógrafo al referirse a él en su obra, diciendo que «a una ciudad le prestan brillantez su ágora y la suntuosidad de los edificios, pero también se la presta una familia próspera porque no sólo una ciudad da fama a un hombre sino que

85. SARTRE, M.: *op. cit.*, p. 117.

86. PRICE, S.: *op. cit.*, pp. 66 ss.

87. GASCÓ, F.: *Ciudades*, p. 93.

88. KEIL, J.: «Ein ephesischer Anwalt des 3. Jahrhunderts durchreist das Imperium Romanum», *SBAW*, 3, 1956, inscrip. Línea 10; GASCÓ, F.: *Ciudades*, p. 93.

89. MACRO, A. D.: «The Cities of Asia Minor under the Roman Imperium», *ANRW*, II 7, 2, 1980, pp. 678 ss.

90. BOWERSOCK, G. W.: *Greek Sophists*, pp. 17-30; GASCÓ, F.: *Ciudades*, p. 94.

también la recibe de él (VS 432). Desde esta perspectiva, es evidente que los sofistas, en general miembros de familias ricas que desempeñaban los *cursus honorum* ciudadanos tradicionales, desempeñaron un papel activo muy importante en las rivalidades entre ciudades por medio de su elocuencia, decantándose a favor de una u otra ciudad y utilizándolas para su mayor notoriedad⁹⁰.

En el caso de Elio Arístides se comprueba que sus mensajes están dirigidos a defender y convencer a las aristocracias y demos de las tres ciudades en litigio de la importancia de la concordia, uniéndose en estas propuestas a las que medio siglo antes había desarrollado y defendido Dión de Prusa en el escenario de rivalidad entre otras ciudades. En la primera parte de su discurso «*Sobre la concordia a las ciudades*» (XXIII 10-30) hace un elogio decidido de toda la región, pero sobre todo de las tres ciudades, comparando la extensión territorial de las mismas, su belleza urbanística, su prestigio religioso, sus riquezas y sus orígenes fundacionales que se remontan en los casos de Esmirna y Éfeso a los atenienses, y en el caso de Pérgamo «puede jactarse de su cosecha de varones y héroes autóctonos... pues también sus colonos provienen de los autóctonos arcadios, de manera que es conveniente que las ciudades aprendan a conocerse mutuamente y que honren sus méritos» (26). El sofista intenta que la antigüedad y los mitos fundacionales no sean un instrumento de la rivalidad en este caso, resaltando que las tres tienen prestigio y dignidad comparables, y de las que todos se pueden sentir orgullosos. Por todo ello, considera que «ciudades que pertenecen a la misma entidad, ya sean tres juntas o más, emprendan lo que constituye también la más bella organización de toda nación y su más segura salvación» (32), en clara referencia al *koinon*, asamblea provincial que, como ya sabemos, tenía competencias en los festivales, juegos y culto imperial, además de ser el marco óptimo para la concordia y la unidad de los griegos y para la defensa de su identidad como tales⁹¹.

Aludiendo a la jerarquía ciudadana que el poder imperial había impuesto según su importancia y rango, dice que «las ciudades en las que recae la responsabilidad de hablar primero en el consejo provincial no deben dar muestra de menor inteligencia que las restantes ciudades ordinarias...», y por eso, aconseja que aquellas ciudades que «están al frente de la organización de la provincia, les conviene actuar con prudencia en beneficio de todas las que forman parte de la nación» (34). Para defender las ventajas de la concordia, al igual que Dión, recurre al uso del pasado griego con fines diversos. En las referencias a la unión entre los lacedemonios y atenienses frente a los persas en el 480 a.C. intenta ejemplificarles con la idea de que estas primeras ciudades (Atenas y Esparta) «demostraron qué cosa tan digna es la concordia. Siendo unos fuertes en el mar y los otros en tierra, en primer lugar se procuraron por ambos medios común socorro tanto a ellos mismos, como a los demás griegos. Y entonces, ...no dividieron el mando sino que, como si una sola ciudad suministrara ambas fuerzas, les pareció bien hacer una

91. SWAIN, S.: *Hellenism...*, p. 290; HIDALGO, M. J.: *Identidad griega...*, p. 153.

voluntad común, un solo mando... Estos fueron los resultados de su concordia, beneficios generales para ambos, pero también beneficios comunes para todos sobre los que mandaban» (42-44). En los pasajes siguientes explica, en cambio, que en época posterior «formaron facciones por la hegemonía y, considerando a la equidad cobardía, estimaron la arrogancia como virtud» (48), en clara referencia a la negativa rivalidad entre Atenas, Esparta y Tebas que dio como resultado que «todo aquello desapareciera como agua sobre la tierra» (52), alusión metafórica al control ejercido por Macedonia, y que sirve de ejemplo a las ciudades griegas del presente de una práctica negativa del pasado. Sin embargo, el autor aunque presenta los resultados negativos a los que dio lugar la disensión entre las *poleis* griegas en el s. IV a. C., explica que en aquella época luchaban por cuestiones reales como era mantener la *eleuthería* y la hegemonía, aunque sus resultados fuesen desastrosos. Pero, en el presente, Arístides les pregunta con énfasis: «¿por qué estáis divididos en facciones, rivalizáis, os agitáis y estáis cegados por la soberbia?... ¿por qué clase de hegemonía hacéis esto o por qué aliados, o por qué puertos, trirremes, impuestos o lugares? O ¿qué es eso tan grande que prevalece sobre la razón» (60). Haciéndoles patente la realidad del presente en un marco de dominación: «Pero con respecto a la situación actual y al orden divino que por buena fortuna se ha fundado, ¿quién hay tan niño o anciano privado de entendimiento que no sepa que una sola ciudad, la primera y la más grande (clara alusión a Roma), tiene toda la tierra bajo su dominio, que una sola casa lo dirige todo, que los gobernadores vienen a nosotros anualmente, y que a ellos se les ha encargado ocuparse de todo, tanto de lo grande como de lo pequeño, por donde a ellos les parezca mejor? ¿Por qué entonces sabiéndolo, dime, nos causamos a nosotros mismos preocupaciones, soñamos y luchamos por una sombra?» (62-63). En este párrafo Arístides hace un ejercicio de reflexión política en el que advierte a los pergameos, esmirneos y efesios sobre quién tiene el poder real en las ciudades y cómo pueden intervenir en las mismas los legados del emperador en caso de desórdenes graves, al tiempo que no duda en elogiar la *basileía* romana como el mejor régimen posible para los intereses de los griegos. En este nuevo orden Roma es considerada como una cosmópolis, que incluye a todas las naciones, y es la que ha conseguido la armonía a escala cósmica, estableciendo paralelismos entre Roma y Zeus⁹². A su vez, en esta severa amonestación, en la que trata de desvelarles sus contradicciones, intenta que recuperen el prestigio y autoestima actuando todos juntos en el consejo provincial, como antes he referido.

Los emperadores se hicieron eco de las rivalidades ciudadanas y dictaron disposiciones y decretos exhortando a la firma de acuerdos entre ellas. Arístides hace referencia a éstas, al aludir en un pasaje del mismo discurso que «el mejor de los

92. RATTI, E.: «Impero romano e armonia nell'universo nella pratica retorica e nella concezione religiosa di Elio Aristide», *MIL* 31, 1971, pp. 334 ss.; SHEPPARD, A. R. R.: *op. cit.*, p. 240.

emperadores y el que aventaja a todos en formación⁹³ escribió, él mismo, sobre estos temas de manera expresa al principio de su reinado y prometió que consideraría a quienes voluntariamente comenzasen la concordia como los mejores y óptimos» (73). Posiblemente reflejo de estas disposiciones y acuerdos serían las acuñaciones de monedas con el lema de la *homonoia* de las ciudades de Éfeso, Esmirna y Pérgamo haciendo referencia al *koinón* durante los reinados de Marco Aurelio y Cómodo, aunque además existieran otros motivos para las acuñaciones⁹⁴.

Estas rivalidades, tan singulares como ridículas, y a las que los romanos con ironía calificaban de «deslices griegos», como hemos referido antes, formaban parte del carácter competitivo que tenían las aristocracias griegas en todas las manifestaciones de su vida, que es resaltado por Plutarco (804 B, 820 C) y que J. Burchardt⁹⁵ lo consideró como el rasgo más identitario de la cultura griega, y es puesto de manifiesto en la utilización de un léxico en el que el término competición es prioritario⁹⁶. Evidentemente este espíritu agónico también queda inmerso en la actividad de los sofistas que rivalizaban entre sí por recibir los mejores honores y apoyos en las ciudades, y en su dedicación a la defensa de la concordia ciudadana, dando los mejores discursos a través de una cuidada y exquisita elocuencia. Pero, aparte de estas cuestiones, en las rivalidades se manifestaban factores de diversa índole, como eran los económicos, desde el momento en que la obtención de la primacía repercutía en beneficios materiales y políticos para las familias aristocráticas involucradas en las mismas. Las rivalidades se convertían así en vehículo de promoción social, aunque se desarrollaran en la frontera de la autonomía ciudadana y el riesgo de intervención de la administración romana en las ciudades para recomponer el orden.

El ocupar los sacerdocios de las ciudades relacionados con las neocorías era una práctica religiosa, relacionada con el culto imperial, que se expresaba en el imaginario colectivo griego asociada al poder del emperador, construyendo una imagen en la que cada ciudad se reafirmaba en su identidad cívica en oposición a las rivales. Por ello, eran relevantes las manifestaciones visuales y orales a través de las que se visualizaba esa identidad griega y su integración en la romanidad. Se construyeron templos, se acuñaron monedas, se elevaron estatuas, se emitían discursos, se elaboraban leyendas fundacionales, se lideraban embajadas,

93. Se ha discutido mucho sobre la identidad del mismo, especialistas diversos como BOULANGER, A.: *Aelius Aristides et la Sophistique*, p. 381; HABICHT, C.: *Die Inschriften...*, p. 33; SARTRE, M.: *op. cit.*, p. 209, nº 556 se inclinan por Marco Aurelio. BEHR, C.: *The Complete Works*, vol. II, *Orations XVII-LIII*, Leiden, 1981, p. 368, nº 77 propone Antonino Pío, ya que de este emperador se conserva un documento que alude a estos problemas (SIG 849). Otros investigadores optan claramente por Adriano, que es citado claramente en términos similares en otro discurso del sofista (XXVII 22), cfr. CORTÉS COPETE, J. M.: *Elio Aristides. Un sofista griego en el Imperio Romano*, Madrid, 1995, p. 140.

94. DESIDERI, P.: *Dione di Prusa*, p. 141; SHEPPARD, A. R. R.: *op. cit.*, pp. 229 ss., 232-37; GASCÓ, F.: *Ciudades*, pp. 74 ss.; CORTÉS COPETE, J. M.: *Elio Aristides*, p. 144. Sobre el valor documental de las monedas cfr. HARL, K.: *Civic Coins...*, pp. 9 ss.

95. *Historia de la cultura griega*, IV, Barcelona, 1975, pp. 125 ss.

96. GASCÓ, F.: *Ciudades...*, p. 85.

y se celebraban cultos cívicos asociados al culto imperial que daban a las ciudades con primacía un puesto especial en la cosmología imperial romana, sin tener que perder sus señas de identidad griega. Al mismo tiempo, esta práctica de ingeniería global colaboró, en la medida en que también creaba símbolos y realidades de integración compartidos por todos, a favor de los intereses generales del Imperio Romano que se consideraron como propios. Sin embargo, hay que resaltar a modo de síntesis, que incluso en este horizonte de integración se dieron diferentes posturas políticas, resaltadas precisamente en el diverso comportamiento de miembros de las aristocracias, incluidos los sofistas, en el fenómeno de las rivalidades internas y entre ciudades, y de su evolución en el transcurso de los tres primeros siglos del Imperio.

III. LAS RELACIONES DE LAS CIUDADES CON EL EMPERADOR: LAS EMBAJADAS

Una forma de gran significado material y simbólico en las relaciones entre ciudad y príncipe era la de las embajadas. En este procedimiento muy extendido durante los dos primeros siglos imperiales se concentraban elementos relacionados con el fenómeno del evergetismo, del que formaba parte y era una manifestación más, y con el culto imperial. Estas legaciones diplomáticas estaban perfectamente reguladas y el ámbito competencial de su organización y financiación correspondía a la asamblea de la ciudad⁹⁷, con lo que formaban parte de la vida interna de las ciudades y eran un instrumento muy eficaz de obtener beneficios económicos y políticos, al tiempo que las ciudades organizadoras y sus patrocinadores alcanzaban en el ranking de méritos y honores, los primeros puestos. Plutarco (*Praec.* 805A) pone de manifiesto que entre las actividades políticas que los griegos tienen con los nuevos tiempos, «quedan los procesos públicos, las embajadas al emperador, que requieren un varón fogoso y con ánimo, además de inteligente». Uno de los ejemplos más conocidos de estas embajadas era la que anualmente enviaba la ciudad de Bizancio y a la que Plinio⁹⁸ dio fin por los graves problemas financieros que acarreaban a la ciudad y que se enmarcaban en la extravagante política de gastos en la que se involucraron de forma irracional y competitiva las ciudades, obligando a la administración central a designar a los *curatores rei publicae* para supervisar las finanzas ciudadanas.

97. La reglamentación se recoge en *el Digesto* L, 7, y en algunas leyes ciudadanas como la de Urso. Filóstrato, *VS* 591 dice que «cuando Adriano ocupó la cátedra de Roma, los atenienses tomaron la decisión de enviar una embajada a favor de Cresto para solicitarle del emperador la cátedra de Atenas». Menandro, 423 también alude a la asamblea al referirse al decreto que el embajador lleva consigo para leerlo ante el emperador.

98. *Ep.* X, 43; SHERWIN-WHITE, N.: *The Letters of Pliny*, p. 626.

Abundantes testimonios literarios y epigráficos nos informan de esta actividad, de la que se documentan más de doscientas legaciones imperiales⁹⁹, y de las que Plinio (*Pan.* 79.6-7) se hace eco aludiendo a Trajano: «Fijémonos en cómo acude a los deseos de las provincias, y hasta a las peticiones de cada una de las ciudades. No hay dificultad para las audiencias ni retraso en las respuestas. Se entra inmediatamente, se va uno lo mismo; por fin, no obstruye la puerta del príncipe una multitud de embajadas desatendidas». Evidentemente esta referencia hay que matizarla puesto que está expresada en un texto apologético en el que se quiere resaltar todas las virtudes de Trajano; a pesar de ello, sí es expresiva de la importancia de esta práctica en la vida participativa de las ciudades con respecto al poder imperial y de la relevancia del papel del príncipe en la concordia de las ciudades, como lo expresa el panegirista más adelante: «Tarea muy digna de un príncipe, y hasta de un dios, esa de reconciliar a ciudades rivales y de apaciguar pueblos inquietos, y no más con el poder que con la razón».

Vespasiano fue el primer emperador que limitó las embajadas por medio de un edicto en el que se fijaba a tres miembros el número de sus componentes (*Digest.* VII 5.6). Posteriormente, a pesar de la referencia plineana, Trajano aprobó la propuesta del propio Plinio de poner fin a la embajada anual que Bizancio enviaba para ofrecer el agradecimiento al emperador y al legado de Mesia Inferior, y que anteriormente hemos referido (*Ep.* X. 44). Sin embargo, estos datos no autorizan a pensar que fueron directamente los emperadores los que emitieron decretos o leyes con tales restricciones; las evidencias que tenemos son de carácter indirecto, basadas en las réplicas imperiales a las peticiones de las ciudades y de las que se conservan sesenta y una, dirigidas bien a consejos provinciales, a ciudades o a cuerpos cívicos. A través del análisis de estos textos, W. Williams¹⁰⁰ ha demostrado que tan sólo el emperador Antonino Pío tuvo éxito en poner freno a esta «forma de extravagancia cívica». Sabemos que este emperador dirigió reproches agresivos a los ciudadanos de Tolemais de Cirenaica por mandar una embajada inútil además de ilegal, obligándoles así a respetar la legislación vigente¹⁰¹.

Menandro Rétor en dos de sus discursos, «*Discurso de embajada*» y «*Discurso de concesión de una corona*», trata el procedimiento, las causas, el protocolo en cuanto a la forma adecuada de dirigirse al emperador, el elogio obligado a la ciudad que financia la legación, etc. Es todo un ritual escenográfico necesario para que se cumplan los objetivos de manera eficaz. Este ritual formaba parte, a su vez, de las expresiones y actos religiosos propios del culto imperial, que era, en definitiva, la manifestación máxima de la relación entre ciudad-emperador. La embajada

99. BOWIE, E. L.: «Los griegos y su pasado en la Segunda Sofística», en *Estudios sobre Historia Antigua*; FINLEY, M. I. (ed.). Madrid, 1981, pp. 185-233.; ID., «The importance of sophists», *Yale Classical Studies*, p. 27.

100. WILLIAMS, W.: «Antoninus Pius and the control of provincial embassies», *Historia*, 1967, 4, pp. 470-483.

101. REYNOLDS, J.: «Hadrian, Antoninus Pius and the Cyrenaican Cities», *JRS*, 68, 1978, pp. 120 ss.

tiene que acudir a donde se encuentre el príncipe en ese momento, ya que el encuentro y declamación del discurso cara a cara es inherente al propio acto diplomático¹⁰². F. Millar destaca que durante la audiencia imperial el embajador tiene que tener un comportamiento adecuado, que se resume en «una actitud, dicción y elección de palabras de acuerdo con los cánones exactos de la cultura grecorromana»¹⁰³, según las recomendaciones de Menandro.

S. Price¹⁰⁴ explica las razones que le han llevado a interpretar que el ritual de las embajadas podía quedar integrado en el culto imperial, basándose en tres factores significativos: el lenguaje religioso de los discursos, en los que el emperador es presentado como una divinidad; los beneficios materiales que producen para la ciudad patrocinadora, que pueden considerarse como un don religioso ofrecido por el emperador *divus* y, por último, el carácter colectivo y comunitario que tienen la embajadas, acentuando la solidaridad y cohesión del cuerpo cívico. A todo ello se puede añadir el hecho de que en muchas ocasiones se documenta la figura del sacerdote imperial desempeñando un papel relevante al frente de las legaciones imperiales, como fue el caso del gran sacerdote del *koinón* de Macedonia, Q. Popilio Pito, que encabezó una delegación diplomática ante Nerva para preservar la permanencia del título de neócoro en Beroya¹⁰⁵.

Las ciudades, si querían conseguir nuevos títulos o preservar los privilegios que tenían, organizaban estas embajadas con tales fines, evidentemente si los embajadores eran personajes de un nivel cultural y social elevado y con gran prestigio entre las aristocracias ciudadanas podía favorecer en gran medida los éxitos de la misma. Desde esta perspectiva, se valora la importancia de los sofistas como embajadores. Las inscripciones y los propios textos de estos autores aportan ejemplos relevantes de delegaciones que las ciudades griegas organizaban y enviaban a Roma o allí donde se encuentre el emperador, nombrando además al jefe de embajada y, como dice Menandro (423 y 425), «la voz del embajador es la voz de toda la ciudad». Entre la enorme cifra de embajadas documentadas, baste aquí citar, a modo de ejemplo, algunas significativas, como la dirigida por Epaminondas de Akraifiai, organizada por su ciudad y por el *koinón* de los beocios ante Calígula y Nerón¹⁰⁶. El trabajo de C. Brixhe-R. Hodot¹⁰⁷ estudia las embajadas dirigidas por aristócratas de ciudades de Asia Menor y de Siria, de las que se tienen noticias, en algún caso, por los epitafios en los que se citan las mismas y se destacan como títu-

102. Plin. *Pan.* 79; *Filost.*, VS 539-40, 571, 601.

103. *The Emperor in the Roman World...*, p. 386; sobre la importancia de los contactos directos entre ciudades y emperadores, pp. 412-20.

104. *Rituals and Power*, pp. 87-100; 101-113; URÍAS, R.: «Las embajadas cívicas como elemento ritual e integrador de las comunidades» en *Ritual y conciencia cívica en el Mundo Antiguo*; ALVAR, J. (ed.): Madrid, 1995, pp. 161 ss.

105. MACCORKMACK, J. M. R.: «The Nerva Inscription in Beroea», *JRS*, 30, 1940, p. 50.

106. IG VII, 2711, líneas 38-43; SARTRE, M.: *op. cit.*, p. 157.

107. *L'Asie Mineure du nord au sud*, Nancy, Presses Universitaires de Nancy, 1988, p. 28.

los de gloria. Podemos citar también la del jurista Pablo, de la ciudad de Tiro, que consiguió con su delegación el título de metrópolis para su ciudad¹⁰⁸.

Enviar embajadas para felicitar a un nuevo emperador era una práctica habitual, unida a la petición de confirmación de los privilegios existentes. Hay dos ejemplos significativos de delegaciones de las ciudades de Delfos y Alejandría, dirigidas a Trajano con motivo de su incorporación al *imperium*¹⁰⁹. En ambos casos el *optimus princeps* les confirma sus derechos y privilegios adquiridos y mantenidos por los emperadores anteriores y, además, les comunica que ha escrito al procónsul Herennius Saturninus y al procurator, en el caso de Delfos¹¹⁰; y en el caso de los alejandrinos su recomendación fue dirigida al prefecto Pompeius Planta, su *amicus*¹¹¹.

Asimismo tenemos que resaltar la embajada que Prusa financió y que, dirigida por el propio Dión, consiguió del emperador Trajano una serie de medidas político-administrativas entre las que destacan el aumento del número de *bouletas* de la ciudad, y su promoción a sede del tribunal del gobernador, con las consiguientes ventajas económicas¹¹²; aunque esperó inútilmente el estatuto de ciudad libre para Prusa, petición que nunca llegó¹¹³, y de lo que le culpan sus adversarios (*Orat.* XLV, 4 y XL, 14). Ante estas quejas, Dión responde con ironía y de forma malévolamente en dos pasajes: «Pero el emperador, que es el más amable y a la vez el más discreto de todos los hombres, me otorgó todo lo que yo le pedí y concedió también a otros lo que le pidieron» (XL, 15), y en otro discurso dice: «Pero no quiero insistir en que tales concesiones son útiles e importantes, o en que no las han recibido muchas otras ciudades sino una sola (Esmirna), y ésta la más insigne prácticamente de toda el Asia. Que tiene reputación tan grande ante el emperador. Porque fue su dios el que profetizó y predijo su subida al trono, y el primero que lo proclamó señor del universo» (XLV, 4). En la relación directa que se establecía entre los embajadores y el emperador, la figura de Dión de Prusa destaca sobre la de los demás, puesto que su relación con Trajano era privilegiada y, como describe Filóstrato, le hizo subir en Roma al carro dorado sobre el que los Césares formaban en los desfiles triunfales, después de sus guerras, y le decía: «Qué me dices, no lo entiendo, pero te amo como a mí mismo» (*VS*, I. 7).

108. SUDA, s.v. «Paulos».

109. MILLAR, F.: «Trajan: Government by Correspondence», en *Traiano Emperador de Roma*, GONZÁLEZ, J. (ed.): L'Erma di Bretschneider, Roma, 2000, pp. 371.

110. OLIVER, J. H.: *Greek Constitutions of Early Roman Emperors from Inscriptions and Papyri*, Philadelphia, 1989, nº 44.

111. OXY, P.: nº 3022; OLIVER, J.H.: *op. cit.*, nº 46; MILLAR, F.: «Trajan: Government...», pp. 371 ss., hace referencia a otras embajadas de ciudades griegas en los años 99 y 100, de las que se tienen evidencias por las *Cartas* de Plinio a Trajano.

112. *Orat.* XLIV y XLV, el autor trata de estos éxitos conseguidos para su ciudad, gracias a su estrecha relación con Trajano, y los relaciona con su política urbanística. DESIDERI, P.: *Dione di Prusa*, pp. 383 ss., hace un lúcido comentario interpretativo de estos temas desarrollados en los discursos idóneos. También MILLAR, F.: «Trajan: Government...», p. 372.

113. DESIDERI, P.: *Dione di Prusa*, p. 263.

Filóstrato y la evidencia epigráfica¹¹⁴ nos informan sobre la embajada del sofista Polemón, organizada por Esmirna, y que tuvo en su haber la consecución de una segunda neocoría, la inmunidad fiscal, y un centenar de columnas de mármol de las canteras imperiales, entre otras muchas ventajas. Estos éxitos se consiguieron a pesar de que Polemón no pudo concluir el viaje, al sobrevenirle la muerte; pero Antonio Pío hizo que se leyera ante el tribunal el discurso que el sofista había preparado para su declamación, y «el emperador falló en consonancia con su contenido y se marchó la gente de Esmirna tras lograr la victoria y diciendo que Polemón había resucitado para su bien» (540). En el 138 el *koinón* de Licia envió una embajada al emperador Antonio Pío con un decreto en honor a Opramoas, a raíz de que el gobernador Séneca se opusiera a ratificar estos honores extraordinarios para el mismo. Como expresa Williams¹¹⁵, la decisión imperial fue enviada al consejo provincial por el sucesor de Séneca dos años después y aquél decidió enviar al emperador los honores para Opramoas, una vez votados, por medio del gobernador, pero la respuesta imperial está perdida. Por último, voy a destacar la embajada dirigida por el sofista Apolonio de Atenas, del que Filóstrato (*VS*, 600) dice que es «personalidad eminente en los asuntos públicos, presidió embajadas sobre graves cuestiones y prestó al Estado los servicios que los atenienses consideran más importantes», en época de los Severos, y de la que trata el autor en el pasaje siguiente: «Cuando se hallaba de embajada en Roma ante el emperador Severo, bajó a la arena en un certamen de declamación contra Heraclides, el sofista; éste salió perdiendo su exención de impuestos y cargas y Apolonio, lleno de regalos» (*VS*, 601).

A partir de este período, las ciudades y los *koína* tuvieron que obtener el permiso del gobernador antes de enviar una embajada a Roma, para lo que se supone que el emperador advertía a los gobernadores en sus *mandata*, cuáles eran las embajadas que podían permitir. Dión Casio (*LII* 30.9-10), en el discurso de Mecenas, dice que las ciudades informarían al gobernador de sus deseos en lugar de enviar embajadas a Roma, lo que sugiere que todavía serían frecuentes las delegaciones diplomáticas bajo los Severos, aunque no se sabe si era necesario el permiso de los gobernadores. Ante esta actitud de permisividad se sospecha que entre estas embajadas podrían contarse también las más fútiles y vacuas. Del propio análisis de Williams¹¹⁶ se deduce que con los Severos fallaron los controles sobre las mismas impuestos por Antonio Pío y, ante la presión constante de las ciudades, la permisividad se impuso ante la ineficacia del poder imperial¹¹⁷.

114. *VS*, 539-40; IGR IV, 1431.

115. *Op. cit.*, p. 4.

116. *Op. cit.*, pp. 477-482.

117. MACMULLEN, R.: «Social mobility and the Theodorian code», *JRS*, XLIV, 1964, pp. 49-53.